

# BAUTIZADOS Y ENVIADOS



MISIÓN PERMANENTE



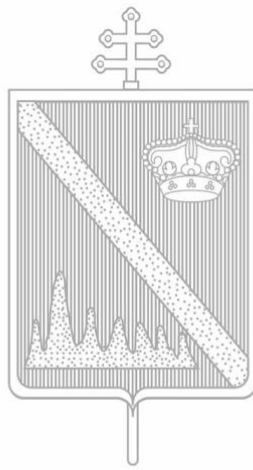
Manual para preparar la Misión 2019



ARQUIDIÓCESIS  
DE CALI

## ÍNDICE

<b>A MODO DE PREMISA</b> .....	3
<b>LOS ENCUENTROS CON JESÚS</b> .....	3
Los lugares de encuentro con Jesús.....	5
Metodología 1. Permanencia en los sectores .....	8
<b>LA EUCARISTÍA ES CENTRO DE NUESTRA IGLESIA</b> .....	9
La misión territorial permanente nace de la Eucaristía.....	11
Metodología 2. Conformación de equipos para sectores .....	13
<b>CONVERSIÓN CAMINO DE PAZ</b> .....	15
Metodología 3. Técnicas de visiteo.....	18
<b>EI CAMINO DEL DISCÍPULO</b> .....	20
Compartir su estilo de vida .....	20
Compartir el destino del maestro.....	21
Metodología 4. Cómo se prepara un encuentro en los sectores .....	23
<b>LA IGLESIA ES UNA COMUNIDAD DE COMUNIDADES</b> .....	24
Metodología 5. Casas católicas y sistemas de evangelización .....	28
<b>CAMINAMOS JUNTOS</b> .....	31
La sinodalidad en la vida parroquial .....	33
Tareas de la asamblea pastoral de servidores .....	36
Metodología 6. Ministerio de la conyugalidad.....	36
Amor Esposal, ¿Revelación del amor Divino?.....	36
El Ministerio de la Conyugalidad, ¿Qué significa la sacramentalidad del matrimonio? .....	37
<b>LA MISIÓN ES TAREA DE TODOS</b> .....	39
Tomar la iniciativa.....	42
Involucrarse en la vida de las comunidades.....	42
Promoviendo procesos .....	42
Generosos en la entrega .....	42
Generando vida .....	43
Centrados en la palabra .....	43
Comprometidos en lo social.....	43
Decálogo de la misión .....	44
<b>DEL SEÑOR SOMOS Y DEL DOMINGO VIVIMOS</b> .....	44



**ARQUIDIÓCESIS  
DE CALI**

## **A MODO DE PREMISA**

La realización de un mes misionero va mucho más allá de ocuparnos de llenar durante un mes de actividades la comunidad parroquial, es toda una provocación para concretar definitivamente una pastoral toda ella misionera. Los invito a preparar con cuidado el mes misionero, pero ir más allá, ocuparnos de la formación de la asamblea pastoral para asumir la misión territorial permanente. Ello también significa que, debemos repensar los diferentes espacios de servicio evangelizador en la parroquia.

El material que les presento a continuación responde a estas dos expectativas: preparar de manera adecuada a la asamblea pastoral para el mes misionero extraordinario que tiene como título “Bautizados y enviados” y también quiere generar un ambiente de reflexión y trabajo para animar la parroquia para que entre en estado permanente de misión. Los temas aquí desarrollados, aunque están presentes en las cinco semanas de misión, no serán los que se compartirán con la comunidad. Para ellos haremos entrega del manual del misionero, con lectio divina, esquemas de reuniones, subsidios para celebraciones, etc.

La reflexión de estos ocho capítulos nos ayudará a preparar la asamblea pastoral para la misión, profundizar en las líneas fuerza del plan pastoral Arquidiocesano, disponernos a la construcción de un mapa de ruta para la misión con todas sus implicaciones y entregarles una herramienta valiosa a los fieles para conocer más su fe.

Les agradezco su inmensa generosidad y esfuerzo pastoral que Dios nos bendiga.

## **LOS ENCUENTROS CON JESÚS**

Nuestra misión territorial permanente tiene como eje fundamental nuestra vida iluminada por la de los primeros discípulos que respondieron positivamente a la llamada de Jesús de Nazareth. Los textos evangélicos nos describen que fue precisamente el encuentro con la persona de Cristo el inicio del discipulado. Su iniciativa permitió conformar el grupo de los doce los cuales dejándolo todo lo siguieron. En este primer capítulo de nuestro material de formación, vamos a profundizar cómo también hoy el Señor nos sigue llamando a encontrarnos con Él y a seguirlo en medio de la comunidad eclesial.

Cada uno de nosotros, hemos llegado a ser lo que somos por los encuentros con Jesús, las comunidades eclesiales y la propia existencia. Somos en gran medida constituidos por el encuentro relacional con nuestra familia, con el trabajo que hemos decidido tener, con los amigos que escogemos e inclusive hasta la religión o Iglesia donde vivimos la fe. Cada encuentro nos enriquece como seres humanos sean positivos o negativos. Esto es lo que podemos decir de los primeros discípulos de Jesús y todos aquellos que se encontraron con el Mesías, todos sin excepción tuvieron un cambio significativo en sus vidas, algunos lo dejaron todo para seguirlos,

otros, solamente lo vieron una vez, pero lo que une todas esas experiencias es el radical cambio.

El primer paso en el seguimiento de Jesús es la respuesta a su llamado. El discipulado comienza entonces con un encuentro. La palabra discípulo está presente en los Evangelios y en los Hechos de los apóstoles. “En los cuatro evangelistas aparece 212 veces”. Por discípulo se puede entender “es el seguidor de Jesús, la persona llamada a seguirlo en su particular misión de la edificación del Reino de los cielos”. Así, hablar de discípulo involucra una relación íntima, profunda; comunión entre el que es llamado y el que llama, es una relación personalizada de aprendizaje y servicio. La segunda característica que define el discipulado en Aparecida es el “encuentro con Jesucristo”.

Benedicto XVI nos dice: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”. Así mismo los obispos en Aparecida declararon “el encuentro con Cristo es el inicio de ese sujeto nuevo que surge en la historia y al que llamamos discípulo” (DA 243).

Al recibir Jesús su bautismo llama a sus primeros discípulos y ellos generosamente responden dejándolo todo y siguiéndolo. “Una de las notas más características de la llamada por parte de Jesús y de la respuesta por parte de las personas es la fascinación, el entusiasmo y la prontitud con que los discípulos responden a la llamada del maestro”.

“Los dos primeros discípulos oyen de boca de Juan el Bautista quién es Jesús: «El cordero de Dios que quita el pecado del mundo» (Jn 1, 35); e inmediatamente le siguen, quieren conocer dónde vive, lo que vive, cuáles son sus valores, su estilo de vida, y cuando Jesús les dice «vengan y lo verán» (Jn 1, 39), ellos le siguen y se quedan con Él”.

Los invito a observar algunos personajes de los evangelios que cambiaron su vida al encontrarse con Jesús:

“Pasando Jesús de allí, vio a un hombre llamado Mateo, que estaba sentado al banco de los tributos públicos, y le dijo: Sígueme. Y se levantó y le siguió”. Mt 9,9.

“He aquí, Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguno, se lo devuelvo cuadruplicado”. Lc 19,8.

“Y el hombre de quien habían salido los demonios le rogaba que le dejase estar con él; pero Jesús le despidió, diciendo: Vuélvete a tu casa, y cuenta cuán grandes cosas ha hecho Dios contigo. Y él se fue, publicando por toda la ciudad cuán grandes cosas había hecho Jesús con él”. Mc 5,15.

“Cualquiera que beba de esta agua, volverá a tener sed; más el que bebe del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna.” Jn 4,13.

“Ella dijo: Ninguno, Señor. Entonces Jesús le dijo: Ni yo te condeno; vete, y no peques más”. Jn 8,10.

“Se ha producido un verdadero encuentro entre Jesús y aquellas personas y a partir de este encuentro, van a comenzar a construir su historia de seguimiento y discipulado, como seguidores de su mensaje y de su vida”.

El encuentro es reconocido hoy como una dimensión esencial de la revelación cristiana a tal punto que ha sido la inspiración para la constitución *Dei Verbum* del concilio vaticano II. Es a partir de esta, que la revelación hoy sea vista “no primeramente como la comunicación de un saber, sino como la libre, amorosa y gratuita auto-comunicación y auto-donación de Dios, que alcanza su culmen en Jesús de Nazareth” (DA 392).

Dios toma la iniciativa en Jesús de salir al encuentro del hombre en la historia para construir una relación de amor incondicional, perdón incondicional y libertad absoluta. Un encuentro desigual que se desenvuelve con las características socio históricas de cada momento, donde el hombre puede comprender y experimentar el amor que se desborda por parte del creador que ama a la creatura. Un encuentro que diviniza la humanidad y al mismo tiempo humaniza a Dios.

El encuentro con Jesucristo en la historia personal de cada ser humano trae como respuesta la fe, una respuesta que lo lleva a sentir la llamada, a ser convocado para encontrarse con Jesús y para vivir con El (cf. DA 131), este es el fundamento y origen de toda la vida del discípulo cristiano. Así, el inicio del discipulado está en una persona que llama y que sale al encuentro del hombre “para ser conocido y dar la plenitud de la existencia al ser humano” (DA 243). Cuando el discípulo ha experimentado el inmenso amor que Dios tiene por él, no tiene otra alternativa que responder como Pedro a su maestro “Señor a quién iremos solo tú tienes palabras de vida eterna” (Jn 6,60). En fin, podemos decir que El discipulado, entonces, es primeramente una gracia (cf. DA 18); es la resultante del encuentro con la persona de Jesucristo, es la respuesta al amor dado y el inicio de toda vida auténticamente cristiana.<sup>1</sup>

El encuentro con Cristo es una experiencia que se vive a nivel personal y comunitaria, que involucra todos los ambientes y aspectos de la vida humana (cf. DA 255). Es un proceso relacional entre Jesús y el discípulo que se construye en la historia y que produce vida y vida en abundancia para aquellos que por la fe responden a la amistad ofrecida por el maestro (cf. DA 248).

### **Los lugares de encuentro con Jesús**

El primer lugar relevante para generar un encuentro con Jesús y los Bautizados es la Iglesia llamada “casa de los discípulos” (DA 246). La casa de los discípulos y la casa de todos. Dice el documento que en la Iglesia católica se pueden encontrar

---

<sup>1</sup> Cf. I. DINNBIER, *Hacia una evangelización mistagógica*, en “Revista de pastoral juvenil” 447 (2012) 4-18

todo lo que es bueno, todo lo que llena de consuelo y todas las herramientas para una profunda experiencia de Jesucristo especialmente en los sacramentos.

El segundo lugar de encuentro “son las Sagradas Escrituras” (DA 247). La palabra de Dios inspirada por el Espíritu Santo y leída en comunión con la Iglesia. Los obispos recuerdan la frase de san Jerónimo “Quien desconoce las escrituras, desconoce Jesucristo”. Es importante el conocimiento profundo de la palabra y la vivencia cotidiana de Esta que “se hace carne por el testimonio de los fieles” (DA 49). La palabra se debe convertir en alimento espiritual de todas las comunidades en el continente, puntualmente la lectura de los evangelios.<sup>2</sup>

Ante la importancia de la palabra de Dios como lugar de encuentro se propone en el documento:

“Los discípulos de Jesús anhelan nutrirse con el Pan de la Palabra: quieren acceder a la interpretación adecuada de los textos bíblicos, a emplearlos como mediación de diálogo con Jesucristo, y a que sean alma de la propia evangelización y del anuncio de Jesús a todos. Por esto la importancia de una “pastoral bíblica”, entendida como animación bíblica de la pastoral, que sea escuela de interpretación o conocimiento de la Palabra, de comunión con Jesús u oración con la Palabra, y de evangelización inculturada o de proclamación de la Palabra. Esto exige por parte de obispos, presbíteros y ministros laicos de la Palabra un acercamiento a la Sagrada Escritura que no sea sólo intelectual e instrumental, sino con un corazón que desea oír la Palabra del Señor” (DA 248).

Dentro de la Sagrada Escritura como lugar de encuentro con Jesús, es la lectura orante de la Biblia la forma privilegiada para acercarse a una lectura profunda y rica. La lectura orante es un ejercicio que bien desarrollado procura un encuentro profundo con el “misterio de Jesús, a la comunión con Jesús hijo de Dios y al testimonio de Jesús señor del universo” (DA 250).

Un tercer lugar de encuentro del discípulo con Jesús es la Sagrada Liturgia. La vivencia de la Liturgia de la Iglesia hace que los bautizados tengan un encuentro personal “penetrando los misterios del reino y expresando de modo sacramental su vocación de discípulos y misioneros” (DA 250). Dentro de la Liturgia el lugar privilegiado para el encuentro con Jesús es la sagrada Eucaristía (cf. DA 175). Este sacramento es la fuerza de Dios que atrae a todos los hombres hacia Él y a vivir una vida en comunidad. “En cada Eucaristía los cristianos celebran y asumen el misterio pascual, participando en él. Por tanto, los fieles deben vivir su fe en la centralidad del misterio pascual de Cristo a través de la Eucaristía, de modo que toda su vida sea cada vez más vida eucarística. La Eucaristía, fuente inagotable de la vocación cristiana es, al mismo tiempo, fuente inextinguible del impulso misionero” (DA 251).

---

<sup>2</sup> Cf. F. OÑORO, *El perfil de un discípulo “oyente de la palabra”* en “Medellín” 33 (2007) 129, 105-112.

Los obispos motivan a toda la comunidad cristiana a recuperar el valor de la vida Eucarística de manera especial la celebración dominical en familia. Resaltan que sin una participación activa en las celebraciones dominicales y en las misas de precepto es imposible vivir un discipulado maduro. A razón de esto, animan a las comunidades a recuperar la pastoral del domingo (cf. DA 252).

Otros lugares de encuentro son: el sacramento de la reconciliación, lugar donde el pecador siente la profunda experiencia de Jesús misericordia, “libera todos los obstáculos que impiden permanecer en el amor” (DA 254). La oración personal y comunitaria es el lugar donde el discípulo “alimentado por la palabra y la Eucaristía, cultiva una amistad con Jesucristo y procura aceptar la voluntad del Padre” (DA 255).

Las personas son la presencia de Jesús que toma la iniciativa de salir al encuentro con sus discípulos. “Jesús está presente en medio de una comunidad viva en la fe y en el amor fraterno” (DA 256). En el evangelio de Mt 18,20 nos dice que donde dos o tres están reunidos en su nombre, Él estará en medio de ellos. De igual manera está en todos los discípulos que procuran cumplir la voluntad de Dios y transparentar la vida de Cristo en su propia existencia, experimentando la potencia de la resurrección al punto de poder decir con el apóstol San Pablo “ ya no soy yo, es Cristo que vive en mí” (Gal 2,20).

Los pobres, los afligidos y los enfermos son también lugar de encuentro con Jesucristo, “ellos reclaman nuestro compromiso y nos dan testimonio de fe, de paciencia en el sufrimiento y de constante lucha para seguir viviendo. “Cuántas veces los pobres y los que sufren realmente nos evangelizan”.

“El encuentro con Jesucristo en los pobres es una dimensión constitutiva de nuestra fe en Jesucristo. De la contemplación de su rostro sufriente en ellos y del encuentro con Él en los afligidos y marginados, cuya inmensa dignidad Él mismo nos revela, surge nuestra opción por ellos. La misma adhesión a Jesucristo es la que nos hace amigos de los pobres y solidarios con su destino” (DA 257).

La piedad popular es un espacio rico para el encuentro con Jesús en los ambientes sencillos y cálidos de los cristianos del continente (cf. DA 258-265). Inclusive, Benedicto XVI la presentó como “ el precioso tesoro de la Iglesia Católica en América Latina”.<sup>3</sup> Invitó a promoverla y a protegerla porque en ella se conservan los valores populares y culturales del catolicismo en el continente en todos los ambientes sociales.

Dentro de todas las expresiones de la piedad popular se resalta los siguientes. “las fiestas patronales, las novenas, los rosarios y viacrucis, las procesiones, las danzas y los cánticos del folclor religioso, el cariño a los santos y a los ángeles, las promesas, las oraciones en familia. Destacamos las peregrinaciones, donde se

---

<sup>3</sup> BENEDICTO XVI, *Discurso inaugural de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, en Aparecida*, 13 de mayo de 2007, en AAS 99 (2007) 445-464.

puede reconocer al Pueblo de Dios en camino. Allí el creyente celebra el gozo de sentirse inmerso en medio de tantos hermanos, caminando juntos hacia Dios que los espera. Cristo mismo se hace peregrino, y camina resucitado entre los pobres. La decisión de partir hacia el santuario ya es una confesión de fe, el caminar es un verdadero canto de esperanza, y la llegada es un encuentro de amor” (DA 259).

Por último, aparece María como la máxima relación de la existencia cristiana como un vivir Trinitario de hijos en el Hijo. María es la perfecta discípula por su obediencia, por la escucha de la palabra, por su seguimiento a Jesús (cf. DA 266). Ella ha vivido la plenitud de la peregrinación de la fe, primero como madre de Cristo y luego con los discípulos, continuó como parte de la comunidad hasta el momento de pentecostés. (cf. DA 267).

De esta forma tres son los criterios para agrupar los lugares de encuentro con Jesús y sus discípulos: el primero es de carácter litúrgico sacramental, donde se incluye la Sagrada Escritura (cf. DA 49); el segundo criterio agrupa los lugares religiosos con base a su carácter) no sacramental (cf. DA. 154. 255) acentuándose de manera especial la oración personal (cf. DA 154) y comunitaria (cf. DA 255); y el tercer criterio es la relación con las personas que reflejan en auténtico rostro de Jesucristo (cf. DA 257).

Los lugares o personas enunciados ayudan a vivir el acontecimiento del encuentro con Jesús vivo con realismo y concreción. Es por esto, la necesidad del discipulado cristiano para revitalizar la Iglesia de la arquidiócesis de Cali hoy, para promover la experiencia originaria de aquellos primeros seguidores que buscaban (cf. Jn 1, 38), y de Jesús que los invita: “Vengan y lo verán” (Jn 1, 39). Este es el origen del cristianismo: un encuentro de fe, no con una doctrina, ni con una ley, ni con un sinnúmero de actividades, sino con la persona de Jesús.<sup>4</sup>

### **Metodología 1. Permanencia en los sectores**

Con este anexo a cada capítulo queremos dejarte algunas ideas básicas para la preparación de la misión territorial permanente. Son ideas muy precisas para el desarrollo pastoral del mes misionero, también queremos ampliar la vista y proponer una reflexión buscando que toda la actividad pastoral de la parroquia lleve a la misión.

En este primer tema queremos resaltar la necesidad de una misión que sea permanente y territorial. Cuando hablamos de permanente entendemos que la misión no termina en el mes de noviembre, que sigue adelante en la evangelización de la parroquia todos los días y todas las horas, solo así haremos de nuestra comunidad una Iglesia misionera. Es necesario entonces archivar las viejas concepciones de misión que tenía la Iglesia, la cual utilizaba un tiempo determinado y muy limitado para el anuncio específico del evangelio en un espacio determinado. Ahora buscamos que todos los agentes pastorales, específicamente la asamblea

---

<sup>4</sup> Cf. L. RIVAS, *Discípulos para la misión en el Nuevo Testamento*, en “Teología” 94 (2007) 473-505.

pastoral de servidores y todos los grupos hagan un giro a hacer de toda actividad pastoral, una actividad misionera.

Nuestra misión tiene un segundo componente: la territorialidad. Ya es sabido por todos nosotros que el Papa Francisco nos ha insistido que debemos ser una Iglesia en salida que primere y llegue hasta las periferias de las ciudades, es por esto que buscamos salir de los templos y las seguridades de los grupos y horarios ya establecidos para con valentía y fe anunciar a Jesucristo en los sectores, especialmente a los más alejados. Aquí, queremos imitar a Jesús que iba por todos los caminos anunciando la inminente llegada del Reino de Dios.

Nuestra misión entonces es territorial y permanente y para ello es necesario entonces llegar a los sectores de nuestra comunidad. El primer paso es la sectorización, reconocer los sectores de la parroquia para una mejor distribución pastoral. El segundo paso es ubicar una casa, un lugar, un espacio específico donde nos podamos reunir continuamente, lo ideal sería una vez por semana, para leer la palabra, encontrarnos como hermanos y hacer vida de Iglesia en esos sectores. La permanencia en medio de las cuadras es una acción eficaz y propositiva, que permita a los hermanos en fe experimentar la cercanía de Dios a su casa a su vida y la cercanía de la Iglesia que sale a su encuentro.

Fruto de las anteriores misiones arquidiocesanas ha sido las casas católicas, las cuales como experiencia de encuentro y misión permanente nos han ayudado a constituirnos como una Iglesia comunidad de comunidades y continuar la misión sin detenernos. La casa católica será una muy oportuna opción en cada parroquia, aunque no agota las posibilidades pastorales que tenemos; no podemos olvidar el valor de las comunidades de los sistemas de evangelización y los movimientos apostólicos que tanto bien hacen a la comunidad.

Queremos invitarlos entonces a que el fruto de esta misión sea permanecer en los sectores por medio de grupos, casas católicas y otros espacios, evitemos la tentación de volver a replegarnos en el templo a esperar que los hermanos lleguen. Es la hora de una evangelización decididamente en salida y que la semilla del evangelio crezca aún más por las calles y cuadras de nuestros barrios.

### **LA EUCARISTÍA ES CENTRO DE NUESTRA IGLESIA**

En el Evangelio de San Lucas capítulo 22, versículo 15, dice nuestro Señor, "he ardientemente deseaba comer esta Pascua con ustedes". Esto nos asegura, que la Última Cena en el cenáculo, fue una cena de Pascua. San Marcos capítulo 14, versículos 22 al 26, nos presentan las palabras de la institución de la Eucaristía: "y estando Jesús reclinados en la mesa, tomó pan, lo bendijo, lo partió y se los dio a sus discípulos diciendo, 'Tomen, esto es mi cuerpo'. Y tomó una copa y cuando había dado gracias, la dio a sus discípulos y bebieron todos de ella y él les dijo: 'esto es mi sangre, sangre de la nueva y definitiva alianza que será derramada por ustedes y por muchos. Verdaderamente les digo, que no beberé más del fruto de la vid hasta aquel día cuando lo beba nuevo en el Reino de Dios".

Así como los judíos esclavos en Egipto tuvieron que comer el cordero en la noche del Éxodo para así ser libres y que sus primogénitos no murieran, Nosotros tenemos que comer del Cordero. Jesucristo nos dijo: "mi carne es comida verdadera y mi sangre es bebida verdadera. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna." Comer del Cordero entonces nos trae, como al pueblo de Israel en el Éxodo, liberación y la promesa de una tierra que mana leche y miel. Y como comemos no un prototipo del Cordero, como fue el caso del pueblo de Israel la noche antes de partir de Egipto, sino al verdadero Cordero de Dios, Cristo Jesús, nuestra liberación entonces es del pecado nuestra tierra prometida la vida eterna; de ahí que Juan el Bautista dijera: "He ahí al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo" (Juan 1,29) y el mismo Jesús nos dijera "el que coma de mi cuerpo y beba de mi sangre tendrá vida eterna y yo le resucitaré en el último día" (Juan 6,54).

¿Con qué frecuencia comieron los judíos en el desierto el maná? Todos los días.  
¿Con qué frecuencia recibimos el Pan de Vida? Todos los días. Este no es un sacrificio de una sola vez para siempre, como muchos anti-católicos alegan en el sentido de que Cristo es sacrificado y ahora no hay nada que hacer. Jesucristo es sacrificado como sacerdote y como víctima, como cordero y como hijo primogénito y como el Pan de Vida. Jesucristo es el pan de vida, el pan sin levadura de Dios que descendió del cielo que los israelitas recibieron cada día, el maná de la Nueva Alianza.

Cristo mediante el Espíritu Santo se hace disponible como el Cordero de Dios para ser consumido continuamente. Incidentalmente, ese es el punto central de la resurrección. El Espíritu Santo levanta el cuerpo de Jesús y lo glorifica tan sobrenaturalmente que ese cuerpo y esa sangre glorificados pueden ahora ser distribuidos a través de los sacerdotes de la iglesia para que todos los hijos de Dios pueden estar en comunión con el Padre celestial en el sacrificio de la Nueva Alianza de Cristo. El no muera otra vez. Él no está sangrando y Él no está sufriendo. Él está reinando en gloria y nos da su propia carne y sangre. De ahí que la Eucaristía nos conecta al Banquete Celestial de las Bodas del Cordero del que nos habla el libro del Apocalipsis.

En el capítulo sexto de san Juan encontramos el llamado discurso del Pan de Vida. Allí, Jesús va explicando a los oyentes, que conocían muy bien el pasaje del Éxodo sobre el maná, que precisamente este alimento no era el pan de Dios ni el que les daba la vida definitiva.

La verdadera vida la da otro pan que tiene su origen en el Padre, pan que no cesa de llover sobre la humanidad, dándole otra calidad de vida. Ese pan es Jesús mismo, don continuo del Padre a toda la humanidad, pan que hay que aceptar y comer para experimentar la cercanía de Dios y que encima comunica una vida definitiva, que supera la muerte, la vida de Dios.

Jesús se manifiesta pues como el Pan de vida, que el Padre eterno da a la humanidad. Con razón afirma el Concilio Vaticano II que "En la sagrada Eucaristía

se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo en persona, nuestra Pascua y Pan vivo, que, por su carne vivificada y que vivifica por el Espíritu Santo, da vida a los hombres, que de esta forma son invitados y estimulados a ofrecerse a sí mismos, sus trabajos y todas las cosas creadas juntamente con Él. Por lo cual, la Eucaristía aparece como fuente y cima de toda evangelización”.

“En la Eucaristía se revela el designio de amor que guía toda la historia de la salvación. En ella, el Deus Trinitas, que en sí mismo es amor, se une plenamente a nuestra condición humana. En el pan y el vino, bajo cuya apariencia Cristo se nos entrega en la cena pascual, nos llega toda la vida divina y se comparte con nosotros en la forma del Sacramento. Dios es comunión perfecta de amor entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Ya en la creación, el hombre fue llamado a compartir en cierta medida el aliento vital de Dios. Pero es en Cristo muerto y resucitado, y en la efusión del Espíritu Santo que se nos da sin medida, donde nos convertimos en verdaderos partícipes de la intimidad divina. Jesucristo, pues, que, en virtud del Espíritu, se ha ofrecido a Dios como sacrificio sin mancha, nos comunica la misma vida divina en el don eucarístico” afirma el Papa Benedicto XVI.

Dios se acerca a nosotros de manera increíble, y es precisamente en la Eucaristía como entramos “en comunión con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu”. Y lo hacemos no de modo individual, sino como Asamblea de fe, Asamblea de creyentes, Asamblea eclesial: “Quiso, sin embargo, el Señor santificar y salvar a los hombres no individualmente y aislados entre sí, sino constituir un pueblo que le conociera y le sirviera santamente”

El Concilio Vaticano II dice “la Eucaristía contiene todo el bien espiritual de la Iglesia”. ¿Quién es el bien espiritual de la Iglesia? No son los cuadros de arte, ni las catedrales, no los coques de oro, ni las vestimentas bordadas... El bien espiritual es “Cristo mismo, nuestra Pascua y Pan de Vida, que da la vida a los hombres por medio del Espíritu Santo” (Concilio Vaticano II, *Presbyterorum Ordinis*, n. 5). Si queremos una Iglesia pujante, fuerte, dinámica y evangelizadora, si queremos cristianos comprometidos, eficaces, inteligentes y fuertes en su fe y en su apostolicidad, vamos preocupándonos por estar cada vez más unidos a Cristo eucarístico, cada vez más unidos a la Eucaristía, y entonces estaremos teniendo cada vez más los mismos sentimientos de Cristo y la Iglesia se mostrará intrépida y generosa, reduciendo a cenizas las banderas del mal, para implantar en el corazón de todos los hombres el mensaje de salvación.

### **La misión territorial permanente nace de la Eucaristía.**

La vocación de la Iglesia es evangelizar, para eso fue creada y hoy es llamada a llevar la buena noticia a todos los hombres, noticia que llena de sentido y esperanza la vida. La belleza del Evangelio es una tarea que apremia a todos sin distinción “«Nada hay más hermoso que haber sido alcanzados, sorprendidos, por el Evangelio, por Cristo. Nada más bello que conocerle y comunicar a los otros la amistad con él» y estas palabras de Benedicto XVI son aún más relevantes si

ubicamos el ambiente de la misión en la presencia real de Jesús, (el evangelio) en medio de nosotros hecho Eucaristía. La premura por el anuncio se multiplica si tomamos conciencia que no podemos guardar para nosotros la belleza del misterio eucarístico que invade toda la vida eclesial.

La misión que le ha sido encomendada a la Iglesia es hacer real y presente el Reino de Dios en las situaciones cotidianas y lo que se necesita para actualizarlo es el amor de Dios que cambia todo lo que toca “Lo que el mundo necesita es el amor de Dios, encontrar a Cristo y creer en Él. Por eso la Eucaristía no es sólo fuente y culmen de la vida de la Iglesia; lo es también de su misión: «Una Iglesia auténticamente eucarística es una Iglesia misionera”. La comunicación de la persona de Jesús en los diferentes ambientes es un respiro de esperanza y la esencia de la belleza de la entrega generosa que amplía el concepto de vivir para sí, a vivir para los demás, como lo afirmaba santa teresa de Calcuta “quien no vive para servir, no sirve para vivir”.

La institución de la Eucaristía nos muestra la misión de Jesús que es nuestra propia vocación eclesial Él es el enviado del Padre para la redención del mundo (cf. Jn 3,16-17; Rm 8,32). En la última Cena Jesús confía a sus discípulos el Sacramento que actualiza el sacrificio que Él ha hecho de sí mismo en obediencia al Padre para la salvación de todos nosotros. El acercarnos a la celebración de la Eucaristía nos compromete a movernos hacia la misión, que partiendo del mismo deseo de Dios nos lleva hacia todas las personas. De esta forma, el impulso misionero es parte fundamental de la vida Eucarística de cada cristiano.

Nuestro compromiso misionero fundamental que brota de la celebración de la cena del Señor y que lo celebramos especialmente cada domingo en nuestras parroquias con toda la comunidad reunida es el dar testimonio de ese pan partido y del infinito amor de Dios con nuestra vida. El maravilloso don de Dios en la persona de Jesucristo infunde en nuestra vida un dinamismo nuevo, comprometiéndonos a ser testigos de su amor. “Nos convertimos en testigos cuando, por nuestras acciones, palabras y modo de ser, aparece Otro y se comunica”. Afirmamos entonces con seguridad que el testimonio de vida es el medio con el que la verdad del amor de Dios llega al hombre en la historia, invitándolo a acoger libremente esta novedad radical. De ahí la necesidad que la luz de nuestra propia vida Eucarística sea faro misionero, y elemento indispensable para la misión que desarrollamos en cada una de las comunidades a las cuales pertenecemos.

Eucaristía y misión van de la mano en la vida de la Iglesia, su relación tan íntima nos permite redescubrir y valorar lo que significa el contenido fundamental del anuncio del evangelio. Cuanto más ferviente sea el amor por la Eucaristía en el corazón de los laicos de nuestra comunidad parroquial, tanto más evidente será la tarea de la misión: llevar a la persona de Cristo a los sedientos y hambrientos. No llevamos una idea ética inspirada en Él, sino el don de su misma Persona, procuramos con el anuncio un encuentro.

La Eucaristía, como sacramento de nuestra liberación y salvación, “nos lleva a considerar de modo ineludible la unicidad de Cristo y de la salvación realizada por Él a precio de su sangre”. Por tanto, nuestra opción misionera nos exige educar constantemente en el trabajo misionero, cuyo centro es el anuncio de Jesús, único Salvador, y esta fuerza y verdad surgen del Misterio de la celebración Eucarística. de esta forma podremos superar reduccionismo sociológico del anuncio del evangelio, porque la obra de la construcción del Reino de Dios tiene como punto de partida la persona de Jesús y su anuncio gozoso.

Desde la misma Eucaristía somos enviados con un mandato del mismo Jesús «El pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo» (Jn 6,51). Con estas palabras el Señor revela el verdadero sentido del don de su propia vida por todos los hombres. Nos debe apremiar el deseo de llevar el mensaje de Cristo para dar vida en abundancia a todas las comunidades, una misión capaz de transformarlo todo desde el pan que da vida y la copa de redención. Los invito a apresurarnos a declarar las comunidades parroquiales en misión permanente, a salir y llevar al Cordero que quita el pecado a todos sin excepción, a llenar de Cristo las cuadras, a satisfacer el hambre de sentido de vida con aquel que es la vida.

En la celebración Eucarística somos enviados, el saludo final de la celebración Eucarística « Ite, missa est ». Presbítero despide a la comunidad con estas palabras después de la bendición final. En esta frase podemos identificar la íntima relación entre la Eucaristía que se ha celebrado y nuestra misión en medio de las comunidades. “En la antigüedad, « missa » significaba simplemente « terminada ». Sin embargo, en el uso cristiano ha adquirido un sentido cada vez más profundo. La expresión « missa » se transforma, en realidad, en “misión”. Este saludo expresa de forma perfecta el núcleo de la naturaleza misionera de la Iglesia. Es deber nuestro, en los diferentes grupos y en la comunidad general, unidos a la celebración litúrgica a profundizar nuestro compromiso como bautizados de ser profetas del Reino, que anuncien la buena noticia a todos los pueblos.

## **Metodología 2. Conformación de equipos para sectores.**

En esta segunda parte de la metodología de la misión queremos proponerles la necesidad de conformar equipos de miembros de la asamblea pastoral de servidores, los cuales deberán constituirse en animadores de la misión territorial permanente en los diferentes sectores de la comunidad parroquial. No podemos olvidar que fruto de esta misión será continuar con la acción evangelizadora en los sectores, sea en las casas católicas o sistemas de evangelización.

Si queremos permanecer en los sectores es necesario además de la sectorización y escogencia de un lugar determinado donde reunirnos, poder constituir un grupo de servidores competentes, personas de fe y con experiencia pastoral para convocar, preparar y desarrollar los encuentros periódicos que se realizarán en la casa asignada para ello. Será necesario un equipo de trabajo que vaya en nombre

de la comunidad eclesial a los sectores. Los esfuerzos individuales, aunque loables siempre dejan el sin sabor de ser a título personal e impiden el testimonio comunitario necesario para la misión.

Este equipo tiene como tarea la preparación de la misión o lo que llamamos pre – misión, la cual consiste en visitar el sector con anterioridad y revisar las posibilidades que este ofrece para una evangelización con Espíritu. En esas semanas previas preparar los materiales ya estudiados, posibles reuniones y encuentros, además de las actividades significativas de cada semana. Concretar qué se va a desarrollar durante el mes misionero será fundamental para superar la dañina improvisación.

La segunda tarea de este equipo de misioneros, será la convocatoria y socialización de la misión en los sectores. Para ello, nos apoyamos de todas las estrategias metodológicas y comunicativas que podemos encontrar en anteriores experiencias de misión. Será necesario realizar el visiteo, con valor, humildad y amor poder visitar a las familias del sector dando a conocer las diferentes actividades del mes misionero, y también llevando un mensaje de Dios a esos hogares. Las redes sociales y medios de comunicación serán también de gran ayuda. La promoción de las actividades en centros de agregación de la comunidad siempre es muy efectiva y el diálogo fraterno con los vecinos hará que la misión se convierta en la actividad más importante de la comunidad por esos días.

La tercera tarea será desarrollar las actividades misioneras propuestas para toda la arquidiócesis de Cali durante el mes. En el manual encontramos que cada semana tenemos una actividad que centra las líneas generales de la misión. El desarrollo sinodal con el resto de los grupos parroquiales será fundamental, sabiendo que cada sector tiene sus propias características y éstas deben ser respetadas. Para desarrollar esta tarea necesitamos sacrificio, paciencia, trabajo en equipo y completa disponibilidad. No podemos olvidar que no vamos a título propio, que vamos en nombre de la Iglesia.

La cuarta tarea nos invita a ser hermanos, cercanos, simpáticos, convencidos que llevamos un tesoro, la persona de nuestro señor Jesucristo. La actitud solidaria del grupo, la capacidad de escucha a los hermanos que participan, el desarrollo amoroso de los temas, el espíritu de oración tanto personal como grupal y la alegría y disponibilidad permitirán que anunciemos el evangelio no solo de palabra, sino de obra, porque no podemos olvidar que no llevamos una idea, no participaremos de clases de religión, compartiremos nuestra experiencia de fe, nuestro testimonio de haber sido llamados por Jesús a ser sus discípulos y cómo nuestra vida toma sentido solo en Dios.

La quinta y última tarea del equipo de los sectores será preparar el camino para continuar con la misión territorial permanente una vez terminadas las cinco semanas dispuestas por la parroquia. No podemos olvidar que permaneceremos en los sectores, es indispensable organizar un itinerario pastoral para seguir acompañando a los que Dios ha llamado en los diferentes encuentros de las cinco semanas de

misión. Un material que puede servirles son los tres manuales de las casas católicas que ha desarrollado la Arquidiócesis de Cali.

## **CONVERSIÓN CAMINO DE PAZ**

El evangelio de Mateo nos narra que inmediatamente después de Jesús ser Bautizado, se encuentra de nuevo con la comunidad y las primeras palabras que utiliza para comunicar su experiencia nueva de fe es “conviértanse que el Reino de los cielos está cerca”. No nos debe extrañar entonces que en el itinerario del discípulo misionero de Jesús que estamos viendo en los evangelios y que se debe reflejar en nuestras vidas, después de encontrarnos con Cristo, el segundo paso sea la conversión, el regreso, el cambio, la vuelta a Dios de manera inmediata porque se acerca algo maravilloso; Él ha prometido la llegada del Reino de Dios.

La palabra conversión viene de un mandato militar que exige físicamente al soldado dar la vuelta y regresar al lugar donde había estado antes. En el ámbito del discipulado la conversión es volver a Dios, dejando la vida de pecado, para disfrutar de la presencia de la gracia. Este giro vital, exige un cambio, reconociendo el error en que se encontraba, arrepintiéndose de sus pecados y volviendo a la Fe en Cristo Jesús como Señor y salvador. La decisión de volver a Dios debe modificar creencias, sentimientos, pasiones y adicciones, para identificarse con un estilo de vida que reoriente su existencia hacia la gloria de Dios que actúa en Él.

Les propongo ahora que hagamos un esfuerzo en conjunto que nos ayudará y será de gran provecho para todos, leyendo algunos textos bíblicos donde nos muestran testimonios de conversión y que nos iluminan y motivan para querer también nosotros convertirnos al Señor de todo corazón.

Desde entonces comenzó Jesús a predicar: «Arrepiéntanse, porque el Reino de los cielos está cerca.» Mt 4,17.

Les digo que así es también en el cielo: habrá más alegría por un solo pecador que se arrepienta, que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentirse. Lc 15,7.

No he venido a llamar a justos, sino a pecadores para que se arrepientan. Lc. 5,32.

Pedro les contestó: 'Arrepiéntanse, y que cada uno de ustedes se haga bautizar en el Nombre de Jesús, el Mesías, para que sus pecados sean perdonados. Entonces recibirán el don del Espíritu Santo. Hch 2,38.

Por eso, rechacen la impureza y los excesos del mal y reciban con sencillez la palabra sembrada en ustedes, que tiene poder para salvarlos. Sant 1,21.

Despiértense y no pequen: de conocimiento de Dios algunos de ustedes no tienen nada, se lo digo para su vergüenza. 1 Cor 15,34.

Después de revisar estos textos podemos preguntarnos por qué es necesario convertirse, qué me debe motivar a querer cambiar de vida. ante esta pregunta podemos pensar en nuestros anhelos más profundos, revisar la realidad de nuestra vida, de nuestra familia, del ambiente familiar, laboral, eclesial en que nos movemos y dejar una pregunta ¿es lo que queremos vivir? ¿Es lo que quiere Dios que vivamos?

Evidentemente es solo dar un vistazo a todo lo que rodea al ser humano para darnos cuenta de que no es lo que queremos. Nos indigna el hambre, la corrupción, las situaciones terribles de violencia, injusticia, falta de oportunidades. Vemos como se degrada el mundo, las relaciones familiares se desintegran y la pérdida del sentido de la vida y lo sagrado se abre paso dejando a las personas como instrumentos de consumo. Esta realidad genera que se pierda el sentido de vida, desesperanza, angustia, ansiedad, desconfianza y represión. Notamos a la vez que las respuestas del mundo al contrario de ayudar a encontrar una salida a la crisis la vuelven más profunda. Así que las palabras de Jesús para nosotros y para la Iglesia hoy son imperativas. Es necesario convertirse, volver a los valores del padre celestial, regresar a los valores del Reino para que sea el amor quien reconstruya la historia humana.

Es necesario entonces promover la conversión como respuesta al encuentro y la llamada amorosa de nuestro Señor Jesucristo. En el documento de Aparecida podemos leer “La conversión Es la respuesta inicial de quien ha escuchado al Señor con admiración, cree en Él por la acción del Espíritu, se decide a ser su amigo e ir tras de Él, cambiando su forma de pensar y de vivir, aceptando la cruz de Cristo, consciente de que morir al pecado es alcanzar la vida. En el Bautismo y en el sacramento de la Reconciliación se actualiza para nosotros la redención de Cristo”.

Volver al Padre celestial es aceptar la llamada que nos hace su hijo Jesucristo a experimentar un cambio de vida, a reflejarnos en la persona de Jesús y dejar que El haga su obra en medio de nosotros, es querer retomar esa gracia santificante, y contemplar en Cristo el ejemplo de la capacidad humana de reconstruir aquello que estaba perdido por causa del pecado. La conversión, el regreso al Padre también está motivada por ese amor incondicional que nos mostró su hijo Jesús. Nos espera con los brazos abiertos, no nos juzga por nuestras faltas y siempre nos perdona. Podemos recordar las palabras del papa Francisco “Dios no se cansa de perdonarnos, somos nosotros los que nos cansamos de pedir perdón”.

Hay un texto que nos puede también ayudar en la reflexión sobre la necesidad de convertirme, de regresar para experimentar ese amor del padre y de la Iglesia y lo encontramos en los discípulos de Emaús. Si recuerdan, los discípulos iban tristes y acongojados, pero terminaron felices caminando de nuevo a la ciudad de la paz. Ese encuentro con Jesús que confronta y exige un cambio radical en la vida es lo que devuelve sentido y alegría, la experiencia que si es posible vivir de manera diferente personal y comunitariamente es el llamado del evangelio. No podemos

seguir igual, continuamente debemos cuestionarnos sobre cómo estamos viviendo, debemos estar en estado permanente de conversión.

Vamos dejando las ideas claras: convertirse quiere decir buscar a Dios, caminar con Dios, seguir dócilmente las enseñanzas de su Hijo, Jesucristo. Convertirse no es un esfuerzo únicamente personal, porque el ser humano no es el arquitecto del propio destino, es Jesucristo quien nos mueve al cambio, su inmenso amor le da sentido a nuestra vida y nos construye un puente para tener una relación íntima, sanadora, comunitaria con el Padre celestial.

“Podríamos decir que la conversión consiste precisamente en no considerarse “creadores” de sí mismos, descubriendo de este modo la verdad, porque no somos autores de nosotros mismos. Convertirse significa creer que Jesús ‘se ha dado a sí mismo por mí’, muriendo en la cruz y resucitando, vive conmigo y en mí. Confiándome a la potencia de su perdón, dejándome tomar de la mano, puedo salir de las arenas movedizas del orgullo y del pecado, de la mentira y de la tristeza, del egoísmo y de toda falsa seguridad, para conocer y vivir la riqueza de su amor. Conversión consiste en aceptar libremente y con amor que dependemos totalmente de Dios, nuestro verdadero Creador, que dependemos del amor”.

Convertirse significa, por tanto, no perseguir el éxito personal, que es algo que pasa sino, abandonando toda seguridad humana, seguir con sencillez y confianza al Señor, para que Jesús se convierta para cada uno, como le gustaba decir a Santa Teresa de Calcuta, en “mi todo en todo”.

Quien se deja conquistar por Él no tiene miedo de perder la propia vida, porque en la Cruz Él nos amó y se entregó por nosotros. Y precisamente, al perder por amor nuestra vida, la volvemos a encontrar. La conversión es la respuesta más eficaz al mal. Cristo invita a responder al mal ante todo con un serio examen de conciencia y con el compromiso de purificar la propia vida. En definitiva: la conversión vence al mal en su raíz, que es el pecado, aunque no siempre pueda evitar sus consecuencias.

La conversión no es solamente hacer un esfuerzo por no cometer pecados y procurar hacer las cosas honestamente, aunque hace parte del proceso es mucho más que un acto moral, significa en que Dios pasa a llevar el control de nuestras vidas y nosotros centramos lo que somos y hacemos en su amor y su voluntad. La profundidad de la vuelta al Padre nos hace experimentar ese amor y la respuesta nuestra a tanto amor es un cambio significativo en nuestra forma de vivir de tal manera que podamos decir con San Pablo “Ya no soy yo quien vive sino Cristo quien vive en Mí”.

Les propongo que terminemos este tema de nuestro itinerario del discipulado misionero y preparación para nuestra misión territorial permanente con algunos numerales del catecismo de la Iglesia católica que nos pueden servir de conclusión.

1987 La gracia del Espíritu Santo tiene el poder de santificarnos, es decir, de lavarnos de nuestros pecados y comunicarnos “la justicia de Dios por la fe en Jesucristo” (Rm 3, 22) y por el Bautismo (cf Rm 6, 3-4): «Y si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él, sabiendo que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, y que la muerte no tiene ya señorío sobre él. Su muerte fue un morir al pecado, de una vez para siempre; mas su vida, es un vivir para Dios. Así también vosotros, consideraos como muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús» (Rm 6, 8-11).

1988 Por el poder del Espíritu Santo participamos en la Pasión de Cristo, muriendo al pecado, y en su Resurrección, naciendo a una vida nueva; somos miembros de su Cuerpo que es la Iglesia (cf 1 Co 12), sarmientos unidos a la Vid que es Él mismo (cf Jn 15, 1-4)

«Por el Espíritu Santo participamos de Dios [...] Por la participación del Espíritu venimos a ser partícipes de la naturaleza divina [...] Por eso, aquellos en quienes habita el Espíritu están divinizados» (San Atanasio de Alejandría, Epistula ad Serapionem, 1, 24).

1989 La primera obra de la gracia del Espíritu Santo es la conversión, que obra la justificación según el anuncio de Jesús al comienzo del Evangelio: “Convertíos porque el Reino de los cielos está cerca” (Mt 4, 17). Movidado por la gracia, el hombre se vuelve a Dios y se aparta del pecado, acogiendo así el perdón y la justicia de lo alto. “La justificación no es solo remisión de los pecados, sino también santificación y renovación del interior del hombre” (Concilio de Trento: DS 1528).

### **Metodología 3. Técnicas de visiteo.**

El visitar los hogares hecho de forma respetuosa y en un ambiente espiritual es una oportunidad maravillosa para hacerse cercano a la comunidad, anunciar la Buena Noticia, conocer familias y comenzar a construir lazos de fraternidad entre los habitantes del sector y el equipo misionero. Será necesario específicamente en la primera semana de misión en la medida que sea posible, visitar los hogares del sector. No tengamos miedo en realizarlo, aunque encontraremos algunas personas que se molestarán, con plena seguridad habrá otras que se alegrarán de la presencia de la Iglesia que visita y se hace cercana a ellos. Les invito a revisar las siguientes indicaciones que de acuerdo con las posibilidades podemos utilizar.

Podemos introducir el mensaje con un saludo cordial y el deseo de paz para esa familia. Si no se encuentran personas mayores en casa, se avisará que volveremos después, preguntando el día y la hora adecuada en que se puede regresar. Si la familia está en casa, podemos decirles que reciban el saludo de parte del Señor Párroco de la comunidad. Hay que aclarar que por motivo de la misión estamos visitando los hogares. Podemos explicar que somos católicos, que somos misioneros de la parroquia, y podemos preguntar si podemos pasar para compartir con la familia un sencillo mensaje, si no es posible, de manera breve podemos

entregar la información suficiente y hacer las invitaciones respectivas del mes misionero.

Si la familia accede a la posibilidad de entrar a casa, debemos aprovechar esta maravillosa oportunidad y comenzar con una propuesta -después de habernos presentado- de oración, y preguntar a la familia si desean que oremos por una intención especial. A continuación, podemos leer un pequeño pasaje de la biblia y dejar un mensaje que parta del testimonio de vida, es decir, lo que ese texto le dice al grupo misionero, cómo Jesucristo es buena noticia para cada uno de nosotros y para ellos también. Será de mucho valor si podemos hacerles entender que la salvación también está llegando a ese hogar al permitir que la palabra de Dios llegue a ellos.

Si surgen preguntas que tienden a cambiar el mensaje se les puede decir que son interesantes, que al final del testimonio se pueden resolver. Si son temas muy complicados, críticos, que cuestionan o consideran que no es oportuno resolver esa duda en ese momento, puede ser la oportunidad para invitarlos a las reuniones que se tendrán en el ambiente de la misión y en ese encuentro poder no solo resolver esa duda, sino otras, que estén en los corazones de las personas.

La duración de la visita no puede pasar de 20 minutos, debemos aprovechar muy bien el tiempo. En ninguna circunstancia responder a provocaciones o reacciones airadas, no permitarnos dejar dudas de nuestra fe y de la doctrina de la Iglesia. También es prudente preguntar si hay enfermos que puedan ser visitados por el párroco. En algunas ocasiones, cuando son familias de confianza podemos tomar los datos de la familia con la posibilidad de poderlos invitar de manera telefónica y dejarle números de contacto para más información.

Aprovechando el tiempo disponible entregamos la información del mes misionero, específicamente las actividades en que la familia puede participar. Si ofrecen algo de tomar o comer, debemos ser prudentes y procurar recibirlos con gratitud. Hay que recordar el decoro en la forma de hablar y expresiones, la forma respetuosa de vestir, necesariamente con la identificación de la parroquia. Nunca dar consejos, no estamos para ello, podemos dirigirlos directamente con el párroco. En ninguna circunstancia contradecirse como equipo en medio de la visita, si algo no se dijo claramente utilizar la forma más prudente para corregir sin generar escándalo.

Al finalizar la visita, podemos dejar un recordatorio, un detalle para cada hogar como signo de la misión. El grupo misionero apuntará la experiencia de cada casa visitada, así se podrá tener no solo una base de datos para la parroquia, sino poder mejorar cada visita. Es importante comunicarse con el párroco contando las experiencias y los resultados de las visitas. Y no se olviden que la misión sin oración no es posible, es por esto que antes y después del visiteo deberíamos terminar delante del Santísimo dando gracias a Dios por la generosidad y pidiendo su Espíritu para ser mejores discípulos misioneros.

## EL CAMINO DEL DISCÍPULO

La llamada que Jesús hizo a sus discípulos fue antes que todo, una propuesta con autoridad a seguirle (cf. Lc 9,60; Mc 1,18; 10,28), a ir detrás de Él (cf. Mc 1,17-20). El seguimiento de Jesús tiene un carácter físico, es decir, que los discípulos lo acompañan en todo momento. A diferencia de otras formas de militancia de aquella época, el discipulado de Jesús implicaba la convivencia continua, a motivo que no solo debían aprender una serie de leyes y enseñanzas, sino que debían ser testigos de las acciones en las cuales se hacía presente el amor de Dios.<sup>5</sup> Así que, la primera tarea de los discípulos fue ver y oír.<sup>6</sup>

El seguimiento de Jesús tiene tres aspectos que ayudan a definirlo. En primer lugar, los discípulos son testigos de los signos y prodigios que realiza el maestro y de la forma como se comporta con aquellos que vienen a su encuentro (cf Mt 9,10-13; Lc 13,1; Jn 4,43-54): no lo hacen como testigos aislados y neutrales o indiferentes, sino como aprendices de una nueva forma de vivir, ven en Jesús el modelo y guía. En el texto de Mc 9,28-29 se describe que Jesús no solo les mandó realizar los signos que El realizaba, sino que los instruyó sobre cómo podían ellos mismos realizarlos. En segundo lugar, los discípulos que escuchan las enseñanzas son destinatarios de una educación particular, exclusiva. En una gran cantidad de escenas del evangelio cuando está instruyendo a la multitud, los más cercanos a El físicamente son el grupo reducido como testigos de lo que dice y enseña (cf. Mt 5,2; Mc 9,35; Lc 6,12; Lc 9,46-48). Y, por último, los discípulos son iniciados por Jesús en una nueva experiencia de Dios. La iniciación discipular no solo se basa en la petición hecha por sus seguidores de enseñarles a orar (cf. Mt 6,5), ni de nuevas doctrinas o profundización de la ley, sino que los introdujo en la experiencia del encuentro con Dios al cual llama “Abba” Padre (cf. Mt 6,5-8; Mc 14,36; Lc 10,21; Jn 11,42).

El seguimiento entonces es “la comunión ilimitada de destino que, siguiendo al Maestro, no teme siquiera la privación y el sufrimiento. Esa comunión es posible únicamente a base de la confianza total del que le sigue: éste ha puesto su destino, su futuro, en manos del Maestro”.<sup>6</sup>

### Compartir su estilo de vida

El seguir al maestro comporta una fuerte carga existencial que consiste en compartir su propio estilo de vida, es decir, adoptar la vida que vive Jesús. Es aquí donde se ubican todas las exigencias a nivel vocacional que aparecen en los relatos.

Esto es un requisito indispensable para responder a la llamada.<sup>7</sup> En los relatos evangélicos queda claro que Jesús impuso a sus seguidores más cercanos

---

<sup>5</sup> Cf. S. GUIJARRO OPORTO, *Seguidores de Jesús y oyentes de la Palabra*, 72. <sup>6</sup>

Cf. D. ALEXAINDRE, *Los ojos fijos en Jesús*, 79-140.

<sup>6</sup> M. HENGEL, *Sequela e carisma*, Brescia, Paideia, 1990, 39.

<sup>7</sup> Cf. J. CARRON, *Cristiano, osea discípulo de Jesucristo*, en “Boletín CELAM” (2006) 312, 59-67. <sup>9</sup>

Cf. J. J. BARTOLOMÉ, *Gesú di Nazaret, formatore di discepoli*. 59-66.

condiciones de extrema radicalidad. Vemos por ejemplo el “dejar las redes”, “el padre”, (Mc 1, 16-20), dejar el trabajo (cf. Mc 2,14), “vender todas las propiedades” (Lc 18,19-25), o vivir sin una casa fija y ni siquiera poder enterrar a los familiares (cf. Mt 8,22). Todas esas actitudes apuntan a romper con los vínculos básicos de referencia para ofrecer toda la vida, todo el amor, todas las capacidades al servicio del anuncio de la buena noticia.<sup>9</sup>

La separación con la familia, la casa, trabajo y el grupo religioso, tiene como objetivo inaugurar un nuevo estilo de vida más acorde con la inminente llegada del Reino. Es lo que Carlos Mester ha llamado “con Jesús a contramano”<sup>8</sup>. El grupo de discípulos que rompe con las propuestas tradicionales se convierte en la levadura en medio de la masa (cf. Mc 4,30); la semilla en el campo (Mt 13, 24-43). “Solo con una ruptura de tales dimensiones es como será posible encarnar el deseo de Dios sobre la historia (Jn 10,10; Jn 17,21)”.<sup>11</sup>

Los evangelios muestran como los discípulos más cercanos actuaban del mismo modo como lo hacía su maestro. Llevaban una vida itinerante (cf. Mc 2,14); le acompañaban en las comidas con los publicanos y los pecadores (cf. Lc 19, 1-10; Lc 10); trasgredían las normas judías sobre la purificación y el sábado (cf. Mc 2,18-22). Esta forma de actuar les generaba continuas discusiones y dificultades de frente a los sacerdotes, fariseos y escribas.

Compartir el estilo de vida de Jesús significa de igual manera asociarse a la misión. Leemos en Mc 1,17 “vengan detrás de Mí y los haré pescadores de hombres”. Todo el tiempo compartido con el maestro es una gran escuela o laboratorio en el cual los discípulos han aprendido desde la vida cual es la nueva propuesta, la buena noticia. La misión es un elemento constitutivo del discipulado (cf. Mt 28,18-20; Lc 9,1; Mc 6,7-13), una misión que tiene carácter de inminente porque las promesas de Dios se comienzan a cumplir (cf. Mt 10, 5-8).

En fin, seguir a Jesús significa entonces estar en plena disponibilidad y libertad para asumir la propuesta del reino, no permitiendo que nada ni nadie desvíe esta atención, entregando toda la vida y las fuerzas un solo Señor (cf. Lc 16,13). Esta entrega necesita previamente una conversión radical que no solo pertenece a un ideal aséptico, ni es en sí mismo un programa de vida, son en cambio las consecuencias de haber aceptado la llamada de Cristo, colaborando con su proyecto (cf. Mc 6,7).

### **Compartir el destino del maestro**

La íntima relación de los discípulos con Jesús tiene como última consecuencia la invitación a compartir el destino del maestro. Esta dimensión del discipulado es la consecuencia de las anteriores; el hecho de vivir como Jesús vivía, de anunciar la

---

<sup>8</sup> C. MESTER, *Con Jesús a contramano, en defensa de la vida*, Bogotá, C.B.C., 1998. <sup>11</sup>

J. D. BOTIA, *Hacer discípulos y misioneros para Jesús*, Bogotá, Paulinas, 2009, 73 <sup>12</sup>

Cf. C. BRAVO, *Galilea año 30*, Córdoba, El Almendro, 1991, 18.

llegada del reino de justicia y de amor y denunciar las injusticias, provocaba grande escándalo (cf. Mc 6,1; Mt 13,54-58), oposición y rechazo en la población y en particular en las clases dirigentes del pueblo de Israel (cf. Mt 23,37-38; Mc 12, 1-8; 12,13- 17).<sup>12</sup>

La oposición de Jesús es narrada en los evangelios como un continuo conflicto con los fariseos y los maestros de la ley que critican su forma de actuar, su aceptación de los pecadores y el hecho que rompe las reglas, de manera especial con la observación del sábado (cf. Mt 12,2; 19,3; Mc 2,18; 7,1.3; Lc 6,12; 15, 110). Los discípulos son conscientes de la realidad opositora de Jesús y la con dividen (cf. Mc 2,18). Así, hay una fuerte cohesión entre maestro y discípulos en la forma de entender la relación con Dios y el actuar ese amor a Dios en la historia.<sup>9</sup>

Los evangelistas narran cómo el disgusto y la oposición fue en aumento a tal medida que llegó a la expresión más radical en Jerusalén, donde los sacerdotes lo llevaron a juicio, acusándolo de irreverente con el templo, de perdonar pecados y denominarse hijo de Dios (cf. Mc 14,53-56). La misma oposición la realizaron los gobernantes que al fin de cuentas fueron quienes lo llevaron a la muerte,<sup>14</sup> juzgándolo del profeta Agabo lo por declararse rey de los Judíos (cf. Lc 13, 31-33). Así mismo los discípulos debieron vivir esta experiencia dolorosa, algunos de ellos corrieron con la misma suerte y asumieron la cruz, vivieron con radicalidad la frase de “perder la vida para recuperarla” (Mt 16, 24). Entregaron su vida libremente por el anuncio de la buena noticia.

Para terminar, te proponemos un conjunto de características de los discípulos de Jesús que nos pueden ayudar a constituir comunidades discipulas misioneras, que respondan con prontitud y alegría a la llamada urgente del maestro para seguir edificando el Reino de Dios.

1. La iniciativa de la llamada la toma Jesucristo. El discípulo es llamado.
2. La respuesta a la llamada de Jesús es plena y consiente de la responsabilidad y dificultad.
3. El seguimiento no tiene otro interés que responder con amor a la llamada del maestro que nos amó primero.
4. La primera característica de Jesús es su obediencia al Padre, así mismo los discípulos deben ser obedientes a su maestro. (Jn 15, 14).
5. El discípulo está dispuesto a aprender de Jesucristo, necesita instrucción, conocimiento de las verdades del Reino de Dios.
6. No se despega de su maestro, lo sigue, está a sus pies, imita su ejemplo, quiere ser como Jesucristo.
7. Sabe que su destino es el mismo del maestro, esto quiere decir que carga con las cruces de la vida con amor y paciencia.

---

<sup>9</sup> Cf. B. FERRARO, *El discipulado como seguimiento de Jesús histórico*, en “Amerindia” (2007) 83-86. <sup>14</sup> Cf. J. P. MEIER, *Un judío marginal. III*, 68 -71.

8. Ora continuamente, aprende del maestro de oración que la comunicación con el Padre celestial es fundamental para un seguimiento que dé frutos.
9. Su entrega lo hace convertirse en servidor de los últimos, de los pobres, lavando los pies, siendo instrumento de paz, consuelo y reconciliación.
10. Sabe trabajar en equipo, desarrolla la sinodalidad en las comunidades y es animador de estas. Promueve la integración y pone sus carismas al servicio de todos.

#### **Metodología 4. Cómo se prepara un encuentro en los sectores.**

Durante el mes de misión vamos a proponer a los hermanos en la fe encontrarnos para leer la palabra, orar, interceder unos por otros, compartir fraternalmente. Para ello será necesario que preparemos de manera adecuada cada encuentro siendo responsables y delicados, sabiendo que tenemos la posibilidad de presentar a la persona de Jesús. No podemos improvisar y aunque sabemos que el actor principal de la evangelización es el Espíritu Santo, nosotros debemos esforzarnos por dar lo mejor para que cada reunión sea un verdadero encuentro con Cristo que cambie la vida de las personas.

Queremos ahora presentarles un breve esquema de reunión que utilizamos en las casas católicas. Seguramente algunas ideas las podemos implementar en nuestros sectores.

“La casa católica es un lugar para encontrarnos como vecinos, compartir nuestra vida, crecer en nuestra Fe. El centro de la casa será el encuentro con Jesucristo por medio de la palabra. Nuestra expresión popular nos ayudará a vivir la fe con el rosario y el viacrucis. Proponemos un itinerario para organizar las reuniones.

- a) El coordinador previo encuentro ha preparado la reunión con todo su equipo de trabajo. Deben llegar a la casa católica al menos 20 minutos antes de la hora de reunión para preparar los detalles. Recordar ubicar una cruz, una imagen de la Virgen María, un cirio, un Ambón con la Biblia.
- b) Disponerse a recibir efusivamente a cada participante generando un clima de familiaridad, especialmente a los nuevos. Todo el equipo debe ponerse en actitud de simpatía, gozo, hacerlos sentir importantes y en un lugar seguro, la camaradería y el respeto serán fundamental. Hay que hacer un esfuerzo especial con aquellos que les cuesta más comunicarse.
- c) Al iniciar la reunión podemos saludarnos mutuamente y presentar con alegría a los nuevos integrantes. Darnos cuenta de las situaciones más importantes que nos han sucedido en la semana (Esto nos servirá para la oración). 10 min.
- d) Invocar El Espíritu Santo y hacer varios cantos y entre los cantos oración de intercesión. Si no sabemos cantar, podemos poner un cd y seguir los cantos.

15 min. En este espacio podemos poner en intercesión alguna realidad que haya pasado en el sector o en la vida de aquellos que participan de la reunión.

- e) Realizar nuestro encuentro con la palabra de Dios y la reflexión. 30 min. En este punto es fundamental ser muy seguros en el anuncio y el testimonio. No siempre es prudente hacer preguntas a los participantes, lo haremos si vemos que hay personas con la capacidad de realizarlo. No olvidemos que el testimonio arrastra, evitemos las largas catequesis, o los temas controversiales de orden moral o político que puedan dividir al grupo. Hagamos el esfuerzo por no desviarnos del tema específico.
- f) Momento de oración de intercesión. Es el momento para que todo el equipo ore de manera pausada, algunas oraciones ya pueden estar preparadas con anticipación, orar sobre la realidad de las personas, sin exageraciones, y pidiendo por las necesidades de los presentes. Tener en cuenta la presencia de la virgen María en la vida de la Iglesia.
- g) Padre nuestro.
- h) Canto final. Bendición.
- i) Compartir y avisos finales. El compartir se puede convertir en una posibilidad de preguntar persona a persona cómo se han sentido en la reunión, recoger sus impresiones para mejorar cada día.

El equipo termina organizando el lugar donde hubo la reunión. Siempre será necesario hacer evaluación para corregir y mejorar. Dar gracias si estamos en un hogar como invitados y cerrar con una breve oración.

## **LA IGLESIA ES UNA COMUNIDAD DE COMUNIDADES**

Jesús pidió a sus discípulos en la última cena: “Hagan esto en memoria mía” y les encomendó la misión de velar por que aquel último día permaneciese presente en la realidad concreta de su existencia hasta que Él volviera glorioso, para transformar todo el universo y dar lugar a los nuevos cielos y tierra nueva en los que puedan reinar la perfecta relación de amor entre Dios y los hombres, y también entre los hombres. El impacto de estas palabras y los gestos de Jesús en esa cena de jueves hizo que las primeras comunidades siguieran celebrándola (Hch 2,42). En Corinto, San pablo describe que se organizaba una cena comunitaria y se realizaba en las casas de los primeros cristianos. Los grupos eran pequeñas células de convertidos que se reunían en los hogares para repetir las acciones realizadas por Jesús.

El encuentro entorno al pan de vida, procuraba mantener el ágape entre hermanos y en las épocas de persecución, fortaleza para vivir la clandestinidad. La cena del Señor llenaba de fuerza para el anuncio gozoso del evangelio en los participantes. Podemos verlo en los discípulos de Emaús, cuando regresan gozosos como

misioneros de Jesús a anunciarlo a los once y el resto de la comunidad que permanecía en Jerusalén.

Es desde La celebración de la cena, del partir el pan que las primeras comunidades se fueron diseñando y fortaleciendo. Jesús pedía a sus discípulos que permanecieran siempre unidos en su nombre, así, la comunidad se convierte en la nueva gran familia del creyente, en la cual encuentra su fuerza, celebra su fe y ayuda en la edificación del Reino. La parábola de la vid y los sarmientos es un testimonio de la fortaleza del grupo unido a la fuerza del maestro para sobrevivir y dar frutos abundantes.

En los hechos de los apóstoles se demuestra la fuerza de la fraternidad al punto de describirlas como “un solo corazón y una sola alma” (Hch 4,32-37; 2,42). La vida en la pequeña comunidad es absolutamente necesaria, el ser discípulo misionero de Cristo ya supone el ser parte de una comunidad determinada, no existe el cristiano sin Iglesia, sin comunidad. La pertenencia que se tiene como creyente no es solo la asociación anónima de dicha celebración, sino la presencia real y el compartir vital de la fe y las situaciones cotidianas en medio de un grupo, de la parroquia y de la diócesis, es por esto, por lo que las parroquias deben convertirse en comunidad de comunidades. (cf. DA 164-180).

Todos los que somos discípulos misioneros necesitamos espacios de pequeñas comunidades donde, al estilo de los discípulos de Jesús y de las primeras comunidades cristianas, podamos sentir la presencia de Cristo resucitado, disfrutar del poder del Espíritu Santo, escuchar, orar y crecer con la palabra de Dios y lograr con la sinergia comunitaria espacios de construcción social que le den sentido a la vida. Es en medio de las comunidades donde se puede superar el drama del anonimato que empuja a muchas personas a la angustia y desesperación en medio de las grandes urbes, se recibe una ayuda potente y se comparten las competencias para crecer juntos. “Por tanto, además de los ambientes y comunidades funcionales en los que la Iglesia no puede estar ausente, como las clínicas, las escuelas, los colegios, las universidades, los centros de cultura y servicio social, las cárceles, las fábricas, las empresas y otras instituciones, es importante promover la presencia visible y organizada de pequeñas comunidades eclesiales en todo el territorio de la parroquia”.

Pablo VI, en la *Evangelii Nuntiandi* les da el más pleno reconocimiento a las pequeñas comunidades y establece los criterios de su eclesialidad (EN,58). El Sínodo de la Catequesis (1977) constata que hay muchas parroquias que están lejos de constituir una verdadera comunidad cristiana e indica que la vía ideal para renovarla podría ser convertirla en una “comunidad de comunidades” (Prop. 27). La III y IV Conferencias del Episcopado Latinoamericano confirman la línea de Medellín mostrando la urgencia de crear pequeñas comunidades y la importancia que tendrán en el futuro (cf. DP, 155,617,641,643; SD,58). En la V Conferencia se enfatiza aún más este camino (cf. DA, 178-180; 307-310). Las comunidades eclesiales no son un movimiento apostólico o pastoral, ni una cofradía o asociación,

ni grupos de reflexión y de trabajo, sino la Iglesia del Señor que aflora en núcleos, en células, en pequeñas familias de vida cristiana.

Teniendo en cuenta estas líneas generales nuestras parroquias deben ser el espacio normal donde cada uno de los bautizados viven las condiciones del discipulado misionero, donde podemos y debemos madurar y vivir nuestra fe, nos organizamos en la generosidad y nos permite la capacidad de dar testimonio de la esperanza en un mundo necesitado de ella. Cada parroquia debe ser un lugar de experiencia personal y comunitaria de encuentro con Dios por medio de Jesús, con la gracia del espíritu Santo. Es necesario entonces que nuestras parroquias construyan espacios de vida comunitaria del evangelio para que todos podamos expresar y vivir nuestra fe en ellas.

“Hoy, la Iglesia está renovando su propósito de evangelizar y de hacerlo mejor para que nuestros pueblos tengan vida. Por eso, en Aparecida se ha hablado de una “conversión pastoral”, que superando cansancios, formas inadecuadas y la simple preocupación de conservar lo que existe, se ofrezca a los fieles espacios de acogida y pertenencia, de vida espiritual y de experiencia apostólica (cf. DA 365-379)”.

En esta tarea de formar discípulos de Cristo, las parroquias deben llegar a integrar y comprometer eficazmente todas las fuerzas vivas, grupos, organizaciones, movimientos, instituciones y diversas iniciativas pastorales. Sobre todo, es fundamental, a partir de procesos de iniciación cristiana y de maduración de la fe, llegar a la formación de pequeñas comunidades cristianas y a que la parroquia sea “comunidad de comunidades”. A través de pequeñas comunidades puede hacerse eficaz la evangelización, llegar a una verdadera renovación pastoral, lograr la participación y corresponsabilidad de los laicos, integrar las nuevas generaciones y los alejados a la Iglesia, ofrecer a la sociedad desde un testimonio vivo la Palabra de Dios, llevar la vida cristiana a espacios de más difícil acceso, como las zonas rurales o las urbanizaciones y condominios en las ciudades.

Una parroquia que renueva su acción evangelizadora, que está en proceso de conversión pastoral es un componente integrador de espacios comunitarios que le de identidad al bautizado. Las pequeñas comunidades son un punto de partida para una nueva evangelización, lugar de primer anuncio, espacio alegre, fraternal, que puede hacer visible la solidaridad, más viva la acción litúrgica y fortalecer la capacidad misionera.

Las parroquias pueden acoger diversos tipos de pequeñas comunidades que logren integrarse al plan pastoral de la parroquia y de la diócesis, así brindan oportunidades para que los carismas se expresen, crezcan, se integren y sean fecundos para la única misión de la Iglesia. Sin embargo, es preciso conocer bien los distintos sistemas de formación de comunidades, aplicarlos adecuadamente, seguirlos con orden y paciencia, y tener personas competentes que conduzcan con responsabilidad sus procesos.

La riqueza que tenemos en nuestra arquidiócesis de Cali es para resaltar. Las comunidades estructuradas sobre la base de sistemas de evangelización como el SINE, las CER y otras metodologías son espacios de crecimiento bien definidos que permiten que los bautizados puedan recorrer un itinerario cristiano, centrado en las bases del encuentro, seguimiento, crecimiento y misión. También podemos resaltar el valor de los movimientos apostólicos que a partir de un carisma o espiritualidad bien definida también abren a nivel supra parroquial lugares de encuentro y crecimiento discipular.

En los últimos tres años la Arquidiócesis de Cali viene promoviendo en las parroquias las casas católicas, las cuales han sido fruto de la misión territorial permanente y lo que buscan es acercar la parroquia a los sectores. Se llama casa católica porque es un hogar determinado en los sectores donde los fieles se reúnen periódicamente a vivir su fe centrada en Jesús Eucaristía. Es una casa de encuentro y fraternidad, de crecimiento y oración, de solidaridad e identidad católica abierta a todos e integradora. Sin una estructura rígida, pero con un itinerario discipular particular, este espacio responde a la necesidad misionera que la parroquia salga al anuncio continuo del evangelio y se haga cercana con las periferias.

Les proponemos ahora terminar con la lectura de algunas ideas del Teólogo Gregorio Iriarte sobre las comunidades de base, seguro encontraremos algunas buenas ideas para constituir nuestra parroquia en una comunidad de comunidades.

“Las pequeñas Comunidades reproducen, en cierto modo, la estrategia pastoral de la Iglesia primitiva y algunos rasgos de la primera evangelización latinoamericana. Ellas quieren ser la expresión actualizada más parecida a las primeras comunidades cristianas descritas en los Hechos de los Apóstoles:

“Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la convivencia, a la fracción del pan y a la oración... Todos los creyentes vivían unidos y compartían todo cuanto tenían. Vendían sus bienes y propiedades y se repartían de acuerdo a lo que cada uno de ellos necesitaba” (Hch. 2, 42-46).

“La multitud de los fieles tenía un solo corazón y una sola alma. Nadie consideraba como suyo lo que poseía, sino que todo lo tenían en común. Dios confirmaba con su poder el testimonio de los apóstoles respecto de la resurrección del Señor Jesús, y todos ellos vivían algo maravilloso. No había entre ellos ningún necesitado, porque todo lo que tenían, campos o casas los vendían y ponían el dinero a los pies de los apóstoles, quienes repartían a cada uno según sus necesidades”. (Hch. 4, 32-36).

Se denomina “Comunidad” porque está formada por grupos homogéneos y fraternos. Entre ellos se da ayuda mutua y solidaridad. La convivencia es profunda y estable. Hay participación plena de todos en la reflexión y en el compromiso.

Existe sentido de pertenencia al grupo, corresponsabilidad y crecimiento personal.

Viven todos profundamente encarnados en su propia realidad, haciendo un frente común ante los problemas y asumiendo solidariamente las tareas que el grupo

selecciona. Se sienten estrechamente unidos, ya que todos sufren parecidos problemas, usan el mismo lenguaje, alientan idénticos ideales y asumen los mismos compromisos. En las comunidades se da el mínimo de estructuras con el máximo de interrelación personal; el mínimo de verticalidad y de dirección con el máximo de participación igualitaria.

Podemos hacer la diferencia entre lo que es un grupo y lo que es la comunidad. El “grupo” es transitorio, excesivamente homogéneo, cerrado y muy uniforme; en cambio, la “comunidad” es más permanente; buscando dar una respuesta global a los desafíos de la vida, integrando a diversidad de personas (hombres, mujeres, jóvenes, ancianos...). La “comunidad” es pluralista. La homogeneidad viene dada en cuanto a todos tienen metas e intereses comunes”.

Terminemos diciendo que el ideal sería que en cada sector de la parroquia pudiese existir una casa católica o una pequeña comunidad. Estas deben ser pequeñas comunidades con un número no mayor a las 20 personas para permitir esa vida comunitaria, de fraternidad. Deben de tener reuniones continuas que generen compromiso. Los espacios deben ayudar a las personas a vivir su experiencia de fe, es necesario por ende la oración, el crecimiento espiritual, la apologética, los estudios bíblicos y también el compartir y el compromiso social. Una casa católica se convierte al final en esa gran familia de la que hablaba Jesús cuando dijo, “quienes son mi madre y mis hermanos, todos los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica” (Mt 12,46-50).

### **Metodología 5. Casas católicas y sistemas de evangelización.**

El cristianismo “nació en las casas”, en las familias que abrían sus puertas al anuncio evangélico, a los apóstoles (el término significa “enviados”), que no se cansaban de “dar testimonio” del Cristo Resucitado, vencedor de la muerte, vivo y presente en medio de la comunidad creyente que “se dedicaba a la oración en común, junto con algunas mujeres, además de María, la madre de Jesús y sus parientes” (Hechos de los Apóstoles 1,14).

Ese núcleo fundamental en el que fue desarrollándose y creciendo la Iglesia se perdió luego, cuando de perseguida pasó a ser religión del Estado. La cuestión no es añorar pasados, ni siquiera es volver al pasado o recuperar cosas perdidas. La cuestión es “volver a Cristo”, renovar diariamente ese gran misterio pascual que la Iglesia actualiza en la celebración de los Sacramentos, especialmente en la Eucaristía, pues allí está la fuente viva de la fe, el manantial del cual se alimenta continuamente para no envejecer, para no instalarse, para no “dormirse” añorando pasados que no van a volver. No, los creyentes no somos unos nostálgicos de música vieja. Los creyentes celebramos el gran misterio de Cristo, “Jesús Mesías es el mismo hoy que ayer y será el mismo siempre” (Hebreos 13,8).

Los creyentes descubrimos cada día con asombro el gran amor de Dios manifestado en su Hijo Jesucristo, actuando diariamente por medio del Espíritu que en la Iglesia se hace presente a través de la proclamación de la Palabra y de la celebración de los Sacramentos de vida. Actuante también en las comunidades de los fieles, de las parroquias, de los movimientos apostólicos porque la fe no es individualista, la fe es personal y comunitaria.

Cuando hablamos de CASA DE INICIACIÓN, CASA DE CRECIMIENTO Y CASA CATÓLICA estamos describiendo UN PROCESO DE FE: En primer lugar, anunciamos la Buena Noticia, gritamos a los cuatro vientos que Cristo es el Señor, que no es algo del pasado, que ha derrotada el gran enemigo que es la muerte y que encima nos da una vida nueva por el Bautismo, por la fe. Así surge la CASA DE INICIACIÓN, la casa que acoge, es decir, la pequeña comunidad creyente que “abriendo el oído” a Dios recibe el anuncio liberador de Jesucristo.

Sigue luego, una tarea diaria, continua, perseverante, escuchando y celebrando la Palabra de Dios, es LA CASA DE CRECIMIENTO, porque la fe es dinámica, se crece en la fe, la Iglesia nos engendra en la fe, nos comunica la fe y entonces las pequeñas comunidades van poco a poco conociendo el gran tesoro de la Sagrada Escritura, van descubriendo los Sacramentos, van celebrando la vida que Dios nos da.

Y finalmente, aunque no haya un tiempo fijo o determinado (porque también hay retrocesos en la fe, abandono de la fe, crisis de fe), se construye la CASA CATÓLICA, el término no es excluyente, al contrario, significa la CASA COMÚN, LA CASA DE TODOS, LA CASA donde no sólo te informan cómo entrar en un proceso de fe, sino la CASA que celebra la fe, orienta la fe, la auténtica DOMUS ECCLESIAE = CASA DE IGLESIA. He ahí, en apretada síntesis, el proceso evangelizador al que apuntamos en nuestra Arquidiócesis de Cali.

En las parroquias, en las Asambleas de pastoral que se están conformando, con los diversos movimientos o realidades eclesiales, con la ayuda del CENTRO ARQUIDIOCESANO DE EVANGELIZACIÓN, con la participación de sacerdotes, religiosas, líderes de pastoral; con la conciencia clara de que vivimos “un nuevo aire del Espíritu” comenzado con el Concilio Vaticano II hace cincuenta años y renovado en APARECIDA y en el servicio pastoral del Papa Francisco, caminamos cada día con la certeza de vivir en Cristo Resucitado, que “da sentido” a nuestra existencia, que despeja nuestras tinieblas, que renueva nuestra esperanza y que nos impulsa a la construcción de un mundo nuevo, un mundo “según Dios”. Todo el que comparta estas convicciones está invitado a construir la CASA DE INICIACIÓN, LA CASA DE CRECIMIENTO, LA CASA CATÓLICA.

Las preguntas que como misionero servidor en tu parroquia te puedes estar haciendo en este momento son ¿y qué vamos a hacer en esta casa? ¿No será suficiente con invitarlos al templo? Preguntas muy válidas, pero recuerda que

estamos buscando renovar nuestra acción pastoral a imagen de Jesús. Te invito a que recuerdes el mandato del maestro antes de subir al cielo: “vayan a todo el mundo y prediquen el evangelio” (Mc 16,15). Nuestra casa católica estará abierta a todos, busca que nos integremos como vecinos y construyamos tejido social desde el evangelio y nos unirá en la oración y el amor a nuestro Padre celestial.

Hay que decir que la casa católica está abierta a todos, significa que al escoger un hogar del sector donde hemos estado desarrollando la misión, queremos ubicar un lugar de referencia donde todos los vecinos podamos encontrarnos a vivir nuestra fe, todos sin excepción, invitaríamos a cada familia, joven, anciano, etc. a compartir con nosotros la alegría de sentirnos hijos de Dios amados por su infinita misericordia. Estará siempre abierta porque se dispone a acoger a cualquiera, sin necesidad que cumpla requisitos específicos, solo su deseo de acercarse a Dios y vivir en comunidad. Todos pueden participar, no tendremos métodos complicados para desarrollar nuestras reuniones, partiremos de la palabra de Dios que ilumina nuestras vidas y de la historia de cada persona que participa, de sus angustias y anhelos.

Si la Iglesia es la comunidad de convocados, la casa católica nos procurará ser cercanos en nuestros sectores, nos ayudará desde el evangelio a superar el individualismo y el anonimato que afecta la edificación del Reino de Dios, nos integra como vecinos al ser un lugar de encuentro en torno a nuestra fe y nuestros deseos. En repetidas ocasiones hemos escuchado que en la Iglesia nos sentimos solo como invitados, nos cuesta experimentar que somos parte de una familia, de una comunidad. Este espacio misionero romperá esa barrera y procurará construir puentes de integración entre vecinos, darnos cuenta de nuestras historias, ser solidarios ante las necesidades que nos aquejan y hacernos entre todos, por el conocimiento y el compartir, más solidarios.

Y nuestra casa no sería realmente católica si no tuviera el sólido fundamento de la oración. A eso nos reuniremos continuamente, a orar, a pedir por nuestras necesidades, a dar gracias por las bendiciones que hemos recibido, a unirnos como hermanos por medio del evangelio, de la Lectio Divina, pedir la intercesión de la Virgen María por medio del Rosario, a tomar conciencia del dolor de tantos por el Viacrucis de Cristo, a crecer en nuestra fe por medio de la catequesis.

En Cada uno de los sectores en los que está dividido la parroquia debe escogerse una casa. Si es un sector muy grande, complejo o con la participación de muchas personas se pueden escoger dos casas. Eso dependerá de la disponibilidad de familias y la coordinación de misioneros. Un grupo ideal sería de máximo 20 personas.

Debemos escoger una casa en el sector donde la familia sea aceptada, cercana, de buenos valores morales. Debemos evitar escoger una familia conflictiva, con

problemas de drogas o alcoholismo ya que las personas no irían. Con delicadeza, pero decisión optaremos por un espacio donde cualquiera del sector se sienta cómodo, acogido y seguro.

Es importante pensar que el hogar escogido debe ser lo suficientemente amplio para realizar una reunión de máximo 20 personas. Una sala grande o un patio serán propicios. Pensamos también que no sea un lugar demasiado ruidoso, cerca de establecimientos comerciales que impidan el desarrollo de los encuentros. No sobra observar también que sean espacios limpios y con un mínimo de comodidad en cuestiones de luz, baños y accesibilidad, por ejemplo, sería más adecuado un primer piso, pensando en las personas con movilidad reducida o ancianos.

La ubicación de la casa es importante, procuramos escoger la casa católica en lugares donde la seguridad personal esté asegurada, o al menos se puedan congregarse las personas en horas nocturnas. La centralidad del lugar es un dato para tener en cuenta, procurar que sea equidistante de los límites del sector.

No podemos olvidar la disponibilidad del hogar. La casa católica debe ser estable, una misma casa por el mayor tiempo posible, esto dará estabilidad y referencia a los habitantes del sector. Eso significa que la familia que abre sus puertas estará disponible de acogernos al menos una vez a la semana para nuestro encuentro cotidiano y en algunas fechas especiales.

La casa católica debe tener un letrero o un signo muy visible que permita a todos los habitantes del sector identificarla, puede ser una bandera, una cruz, un letrero etc. Aconsejamos que se pueda ubicar en un lugar visible, una cartelera grande con los horarios y las actividades que se desarrollarán cada semana. No olvidemos que para generar continuidad debemos conservar el mismo lugar y los mismos horarios, a menos que haya actividades especiales.

## **CAMINAMOS JUNTOS**

La palabra sínodo la podemos definir exactamente como caminar juntos. Indica el camino que deben recorrer juntos la Iglesia, los miembros de una comunidad. Podemos iluminarnos con el mismo Jesús que nos dice que Él es el camino, la verdad y la vida, Jn 14,6, además podemos recordar que los primeros cristianos centrados en la persona de Jesús y a ejemplo de los apóstoles que acompañaron a Jesús camino hacia Jerusalén eran denominados: los discípulos del camino. (cfr. Hch 9,2; 19,9.23; 22,4; 24,14.22).

El deseo y necesidad de una Iglesia que camina hacia la salvación parte del presupuesto del ser bautizados, hijos de Dios y guiados por el Espíritu Santo, llamados a vivir la riqueza de los carismas, de la vocación, de los ministerios. Es la fuerza del Espíritu Santo que llama a la comunión que tiene su expresión más

profunda en el banquete Eucarístico. Comunión entre Dios y su pueblo, comunión entre los hermanos, con el pan que se parte y alcanza para todos. Así es la mesa eucarística la que nos especifica un modo particular de vivir y obrar. Reunirnos en asamblea y participar activamente de la comunidad.

Podemos ver en la persona de Jesús el ejemplo vivo de sinodalidad con el padre y con la humanidad. Él es el peregrino que anuncia la buena noticia del Reino (cfr. Lc 4,14-15; 8,1; 9,57; 13,22; 19,11), “anunciando «el camino de Dios» (cfr. Lc 20,21) y señalando la dirección (Lc 9,51-19,28). Más aún, Él mismo es «el camino» (cfr. Jn 14,6) que conduce al Padre, comunicando a los hombres, en el Espíritu Santo (cfr. Jn 16,13), la verdad y la vida de la comunión con Dios y los hermanos. Vivir la comunión de acuerdo con la dimensión del mandamiento nuevo de Jesús significa caminar juntos en la historia como Pueblo de Dios de la nueva alianza de manera correspondiente con el don recibido (cfr. Jn 15,12-15). El evangelista Lucas, en el relato de los discípulos de Emaús (cfr. Lc 24,13-35), ha delineado una imagen viva de la Iglesia como Pueblo de Dios, guiado a lo largo del camino por el Señor resucitado que lo ilumina con su Palabra y lo nutre con el Pan de la vida”.

En el documento “Sinodalidad en la vida y la misión de la Iglesia” se describe que la vida de las primeras comunidades narradas en los Hechos de los apóstoles nos da testimonio de algunos momentos importantes en el camino de la Iglesia apostólica, en los que el Pueblo de Dios fue llamado a ejercer en forma comunitaria el discernimiento de la voluntad del Señor resucitado. El protagonista que guía y orienta en este camino es el Espíritu Santo, derramado sobre la Iglesia el día de Pentecostés (cfr. Hch 2,2-3). Los discípulos, en el ejercicio de sus respectivos roles, tienen la responsabilidad de ponerse en actitud de escuchas de su voz para discernir el camino que se debe seguir (cfr. Hch 5,19-21; 8,26.29.39; 12,6-17; 13,1-3; 16,6-7.9-10; 20,22). Por ejemplo, en la elección de «siete hombres de buena reputación, llenos de Espíritu Santo y de sabiduría», a los que los Apóstoles confiaron el oficio de «servir las mesas» (cfr. Hch 6,1-6), y en el discernimiento de la cuestión crucial de la misión entre los paganos (cfr. Hch 10).

El camino sinodal de la Iglesia se plasma y se alimenta con la Eucaristía. Esta es «el centro de toda la vida cristiana para la Iglesia, tanto universal como local, y para todos los fieles». La sinodalidad tiene su fuente y su cumbre en la celebración litúrgica y de una forma singular en la participación plena, consciente y activa en el banquete eucarístico. La comunión con el Cuerpo y la Sangre de Cristo tiene como consecuencia que «aunque seamos muchos, somos un solo Pan y Cuerpo, porque todos participamos de un solo Pan» (1 Cor 10,17)”.

Precisamente es en y desde la Eucaristía donde las comunidades cristianas se reconocen como pueblo en camino. La Eucaristía representa y realiza visiblemente la pertenencia al Cuerpo de Cristo y la co-pertenencia entre los cristianos (1 Cor 12,12). En torno a la mesa eucarística, las diversas Iglesias locales se constituyen y se encuentran en la unidad de la única Iglesia. El banquete eucarístico expresa y

realiza el “nosotros” eclesial en el que los fieles se convierten en participantes de la multiforme gracia divina.

### **La sinodalidad en la vida parroquial**

“La parroquia es la comunidad de fieles que realiza en forma visible, inmediata y cotidiana el misterio de la Iglesia. En la parroquia se aprende a vivir como discípulos del Señor en el interior de una red de relaciones fraternas en las que se experimenta la comunión en la diversidad de las vocaciones y de las generaciones, de los carismas, de los ministerios y de las competencias, formando una comunidad concreta que vive en sólido su misión y su servicio, en la armonía de la contribución específica de cada uno.

En ella se prevén dos estructuras de perfil sinodal: el Consejo pastoral parroquial y el Consejo para los asuntos económicos, con la participación laical en la consulta y en la planificación pastoral. En tal sentido, aparece necesario que se modifique la norma canónica que actualmente sólo sugiere la constitución del Consejo pastoral parroquial y se la haga obligatoria, como ha hecho el último Sínodo de la Diócesis de Roma. La práctica de una efectiva dinámica sinodal en la Iglesia particular exige además que el Consejo pastoral diocesano y los Consejos pastorales parroquiales trabajen de modo coordinado y sean oportunamente valorizados.

La sinodalidad está ordenada a animar la vida y la misión evangelizadora de la Iglesia en unión y bajo la guía del Señor Jesús que prometió: «donde dos o tres están reunidos en mi nombre, Yo estoy en medio de ellos» (Mt 18,20), «Miren, Yo estoy con ustedes hasta el fin del mundo» (Mt 28,20). La renovación sinodal de la Iglesia pasa indudablemente a través de la revitalización de las estructuras sinodales, pero ante todo se expresa en la respuesta a la gratuita llamada de Dios a vivir como su Pueblo que camina en la historia hacia la consumación del Reino.

La conversión pastoral para la puesta en práctica de la sinodalidad exige que se superen algunos paradigmas, todavía frecuentemente presentes en la cultura eclesial, porque expresan una comprensión de la Iglesia no renovada por la eclesiología de comunión. Entre ellos: la concentración de la responsabilidad de la misión en el ministerio de los Pastores; el insuficiente aprecio de la vida consagrada y de los dones carismáticos; la escasa valoración del aporte específico cualificado, en su ámbito de competencia, de los fieles laicos, y entre ellos, de las mujeres.

Superar antiguas visiones de pastoral y tener una renovada acción evangelizadora nos exige trabajar más en asamblea, en equipo, aceptando la corresponsabilidad de cada uno de los bautizados y reconociendo carismas en cada fiel. La asamblea eucarística es la fuente y el paradigma de la espiritualidad de comunión. En ella se manifiestan los elementos específicos de la vida cristiana destinados a plasmar el *affectus sinodalis*.

**La invocación de la Trinidad.** La asamblea eucarística comienza con la invocación de la Santísima Trinidad. Convocada por el Padre, en virtud de la Eucaristía, la Iglesia llega a ser, con la efusión del Espíritu Santo, el sacramento viviente de Cristo: «Donde están dos o más reunidos en mi Nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (cfr. Mt 18,19). La unidad de la Santísima Trinidad en la comunión de las tres divinas Personas se manifiesta en la comunidad cristiana llamada a vivir «la unión... en la verdad y en la caridad», mediante el ejercicio de los respectivos dones y carismas recibidos del Espíritu Santo, en vista del bien común.

**La reconciliación.** La asamblea eucarística propicia la comunión mediante la reconciliación con Dios y con los hermanos. La *confessio peccati* celebra el amor misericordioso del Padre y expresa la voluntad de no seguir el camino de la división causada por el pecado, sino el de la unidad: «Si cuando presentas tu ofrenda ante el altar te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deberás ir a reconciliarte primero con tu hermano; después presenta tu ofrenda» (Mt 5,23-24). Los acontecimientos sinodales implican el reconocimiento de las propias fragilidades y el pedido recíproco del perdón. La reconciliación es el camino para vivir la nueva evangelización.

**La escucha de la Palabra de Dios.** En la asamblea eucarística se escucha la Palabra para recibir el mensaje e iluminar con él el camino. Se aprende a escuchar la voz de Dios meditando la Escritura, especialmente el Evangelio, celebrando los Sacramentos, sobre todo la Eucaristía, acogiendo a los hermanos, en especial a los pobres. El que ejerce el ministerio pastoral y está llamado a partir el pan de la Palabra junto con el Pan eucarístico, debe conocer la vida de la comunidad para comunicar el mensaje de Dios en la circunstancia y en la hora en que ella vive. La estructura dialógica de la liturgia eucarística es el paradigma del discernimiento comunitario: antes de escucharse unos a otros, los discípulos deben escuchar la Palabra.

**La comunión.** La Eucaristía «*crea comunión y propicia la comunión*» con Dios y con los hermanos. Originada en Cristo mediante el Espíritu Santo, la comunión es participada por hombres y mujeres que, teniendo la misma dignidad de Bautizados, reciben del Padre y ejercen con responsabilidad diversas vocaciones –que tienen como fuente el Bautismo, la Confirmación, el Orden sagrado y dones específicos del Espíritu Santo– para formar con la multitud de los miembros un solo Cuerpo. La rica y libre convergencia de esta pluralidad en la unidad es lo que se activa en los acontecimientos sinodales.

**La misión.** *Ite, missa est.* La comunión realizada por la Eucaristía impulsa hacia la misión. El que participa del Cuerpo de Cristo está llamado a compartir la alegre experiencia con todos. Cada acontecimiento sinodal estimula a la Iglesia para que salga del campamento (cfr. Heb 13,13) para llevar a Cristo a los hombres que esperan su salvación. San Agustín afirma que debemos «tener un solo corazón y una sola alma en el camino *hacia Dios*». La unidad de la comunidad no es verdadera

sin este *télos* interior que la guía a lo largo de los senderos del tiempo hacia la meta escatológica de «Dios todo en todos» (cfr. 1 Cor 15,28). Es necesario dejarse interpelar siempre por la pregunta: ¿Cómo podemos ser verdaderamente Iglesia sinodal si no vivimos “en salida” hacia todos para ir juntos hacia Dios?” (LA SINODALIDAD EN LA VIDA Y EN LA MISIÓN DE LA IGLESIA).

Podemos fijar nuestra mirada en el plan pastoral de la arquidiócesis de Cali y encontramos que uno de cuatro pilares que sostiene toda la actividad evangelizadora es la sinodalidad. Para nosotros el caminar juntos con una actitud corresponsable, superando antiguos esquemas centrados en el sacramento del orden sacerdotal y dejando la responsabilidad pastoral exclusivamente a los consagrados es absolutamente necesario. Hemos apostado por constituirnos como una Iglesia discípula, llamada desde el Bautismo a la misión, por ende, reconocemos la acción del Espíritu Santo en cada uno los fieles.

Concretamos la acción sinodal en las parroquias con la constitución de las asambleas pastorales de servidores en las parroquias. A continuación, les propongo que profundicemos qué son estas asambleas pastorales y cómo podemos implementarlas en nuestra parroquia.

La asamblea pastoral es la reunión de todos los servidores de la parroquia que, presidida por el párroco y abierta a todos los fieles, programa la acción pastoral para un determinado periodo de tiempo analiza las necesidades y exigencias evangelizadoras, evalúa las principales tareas de la comunidad, y, generando un ambiente de armonización y convergencia espiritual y social que concreta anhelos y esperanzas colectivas.

Es un momento oportuno para el encuentro de toda la comunidad con el Señor y Padre de la Iglesia, para que se dé una articulación que logre que los miembros de la comunidad se sientan y sean discípulos misioneros de Jesucristo en comunión. Un espacio muy importante, en el que la comunidad en su conjunto puede disponerse en actitud de escucha de su Señor y en correspondencia con la Iglesia arquidiocesana a la cual permanece unida.

**¿Quiénes conforman la asamblea?** La asamblea pastoral reúne de forma directa a todos los agentes que sirven activamente en la parroquia: sacerdotes, religiosos y religiosas, consejo pastoral, coordinadores de grupos, catequistas, integrantes de los grupos pastorales, jóvenes, servidores de la pastoral social, cantantes. Además, se puede invitar a los fieles que quieran participar informándoles debidamente en las misas dominicales o a través de otras formas de comunicación. En este grupo pueden participar docentes de colegios cercanos y otros servidores comunitarios.

“La invitación es a que la comunidad participe, las puertas están abiertas para todos, se espera que de manera especial los agentes de pastoral de la comunidad sean muy activos. Es muy importante que el párroco se apropie del liderazgo de la

asamblea como padre y maestro; padre que acompaña, reúne, corrige, dirige y propone. Y maestro que llama, enseña a orar, celebra y se convierte en testimonio de amor y servicio a la evangelización. La asamblea pastoral se puede construir por etapas. Contar en una primera reunión con los laicos de los grupos parroquiales y los más cercanos que tengan responsabilidad pastoral en la parroquia.

La asamblea pastoral de agentes no se cierra con los servidores más cercanos, estará siempre abierta a recibir todos aquellos hermanos en la fe que quieran participar con alegría y compromiso en esta tarea evangelizadora. A medida que se abran espacios de preparación, convocación y actividades en los sectores, crecerá el número de participantes.

### **Tareas de la asamblea pastoral de servidores**

1. Animar las diferentes actividades de la implementación del plan pastoral.
2. Organizar con el párroco la división por sectores de la parroquia.
3. Localizar y motivar a nuevos servidores que se unen a la misión.
4. Preparar y realizar la misión en los diferentes sectores.
5. constituirse en puente entre la parroquia y las fuerzas sociales de los sectores.
6. Ser los animadores y responsables de los diferentes sectores de la parroquia.
7. Servir y promover la casa católica.
8. Formarse y servir de formadores.
9. Orar continuamente por la acción evangelizadora de la comunidad.
10. Servir de instrumento de lectura de la realidad social y religiosa de la parroquia.

### **Metodología 6. Ministerio de la conyugalidad**

#### **Amor Esposal *¿Revelación del amor Divino?***

La primera encíclica de Benedicto XVI “Deus caritas est” tiene como propósito invitar a “Vivir el amor y, así, llevar la luz de Dios al mundo” (n. 39). El amor de los esposos está llamado a abrirse a Dios y a los demás. En esta medida puede ser un modelo de todo amor, al irse convirtiendo en un reflejo del amor divino. Observa la encíclica que el amor es divino, porque proviene de Dios y a Dios nos une, superando nuestras divisiones. Con palabras de Gustave Thibon, el amor no es contemplarse y saborearse el uno al otro, sino entregarse ambos a las mismas realidades que

comprenden y rebasan los límites egoístas del yo, mediante el esfuerzo y el sacrificio. Su amor transforma a los esposos en un “nosotros” cuya fecundidad se abre a la familia y a todas las personas del mundo, especialmente los más necesitados.

El amor de los esposos es, en suma, la fuente continua, el motor y la belleza de su tarea en el mundo. Y todo lo que es fruto del amor alimenta el amor: la preocupación por los demás con detalles concretos, la coherencia entre la fe y la vida, el “estilo cristiano” del hogar, el tiempo dedicado a los hijos. El amor es posible, y nosotros podemos ponerlo en práctica porque hemos sido creados a imagen de Dios.

Considerado más en general, el amor es ante todo para vivirlo, para vivir de él y en él, para dejarse conquistar por él y para conquistarlo día a día. Pero también es un gran tema para reflexionar y dialogar. Se trata, por tanto, de poner el amor en el centro de la existencia personal, en el centro de la vida cristiana y de la Iglesia. El amor, que es comunión entre las personas y que se realiza respetando la diversidad de cada uno y contando también con las dificultades.

### **El Ministerio de la Conyugalidad *¿Qué significa la sacramentalidad del matrimonio?***

En esta verdad se encierra todo el misterio de la sponsalidad. Este carácter de ser esposos, y que va mucho más allá de ser simplemente pareja, es lo que identifica realmente el modo como un hombre y una mujer son ante el mundo y delante de Dios.

Cada sacramento otorga una gracia, pero además exige un ministerio. Dicho ministerio, que es un servicio que se deriva del mismo sacramento, exige a cada uno vivir acorde a lo que ha recibido. Ser bautizados, por ejemplo, no nos hace solamente ser hijos de Dios y miembros de la Iglesia, sino que además nos pide comportarnos como sacerdotes, profetas y reyes, esto es lo que llamamos ministerio, un modo de ser y de actuar ante el mundo en nombre de Dios.

Así mismo, el matrimonio, otorga un ministerio a los esposos, que podríamos llamar el “ministerio de la sponsalidad” o “Conyugalidad” que no es otra cosa que vivir de una manera particular, siendo uno solo los dos, en su forma de ser ante Dios y ante el mundo santificando la familia y dando testimonio a las otras familias de lo que significa semejante don del Señor. La debilidad que se presenta en la recepción de los sacramentos está en que los fieles reciben la Gracia, pero no ejercitan su ministerio haciendo que dicha Gracia quede expuesta para ser hurtada por el maligno. Es decir, al ser casados sacramentalmente, se debe vivir como casados sacramentales, lo que implica una oración hecha como una sola carne-los dos-, una vida de culto a Dios como una sola carne-los dos-, un apostolado eclesial como una

sola carne-los dos-, una vida sacramental como una sola carne-los dos-, puesto que ya son una sola realidad.

Desconocer este don de Dios y esta exigencia sacramental conlleva a la pérdida de identidad de lo que se es, testigos de Cristo y del Evangelio, y por lo tanto un empobrecimiento de la vida de la Iglesia y de la propia familia. Al entender que se es esposo(a), y no simplemente una pareja que se une por instinto de conservación o de emociones, los cónyuges comprenden su unión sacramental como una vocación a la santificación mutua para la alabanza del Señor. Para ser pareja no se necesita aprender mucho pues la naturaleza misma de la relación hace que ambos vayan dando lo que su propio modo de ser masculino o femenino les impulsa. Por el contrario, ser esposos, es algo que solamente Cristo puede enseñar y que él enseña por medio de la Iglesia. Es por eso que la Iglesia ha establecido su formación para la conyugalidad puesto que ha recibido de Jesús este mandato para ayudar a triunfar en la vida matrimonial.

En esta línea se había inscrito Matías Jose Scheeben, quien atribuía al matrimonio, en cuanto sacramento, un estado de consagración en la iglesia análogo al que confiere el carácter en otros sacramentos.” Hombre y Mujer, en el sacramento, no reciben solo una gracia momentánea, sino que, con el vínculo, se les regala una fuente de gracia con la que podrán edificarla iglesia desde adentro. Este es el sentido de la cuasi-consagración conyugal, que se distingue de la ejercida por el Bautismo, la Confirmación y el Orden en que, ligada a las categorías de este mundo, cesa con la muerte de uno de los cónyuges, y no es todavía la consagración definitiva, escatológica, según la medida del retorno final de Jesús.

Terminemos el tema del amor esponsal leyendo una profunda reflexión de Mons. Darío de Jesús sobre el amor esponsal y el ministerio de conyugalidad.

“El Amor Esponsal es el camino abierto por el Amor del Padre, que desposa a la Humanidad con su Hijo Amado. Pero, sobre todo, **es el camino del Amor entre Cristo y la Iglesia, entendido ese amor y esa unión como contenido profundo del misterio de la salvación, y utilizados como clave de interpretación de toda la vida cristiana.** Esta es, esencialmente, un hecho de amor, una relación estrictamente personal e interpersonal entre Dios y el hombre, entre la persona de Cristo Jesús, del Señor Resucitado, que pregunta al creyente, al consagrado, al pastor, como a Pedro: “**¿Me amas más que estos?, ¿Me quieres?**” (Juan 21, 15-17).

Ese Amor Primero, primario y definitivo, que lleva al autor sagrado a exclamar que “Dios es Amor”, y a componerle un Himno a la Persona del Amor, (1ª. Juan 4,8.16/ 1ª. Corintios 13), **es el que inspira, llama y une al hombre y a la mujer**, para que celebren en él la alianza del amor conyugal, el sacramento de los esposos, del cual

ellos mismos son ministros, el uno para el otro, los dos para su prole, para la Iglesia y la humanidad.

El Amor Esponsal es unitivo: crea una dualidad de uno, o una unidad de dos. El esposo y la esposa quedan unidos el uno al otro, de tal modo que su YO se ensancha, para formar un NOSOTROS, en la comunidad conyugal, familiar y eclesial.

**Pero es, también, ese amor de fiesta, de Banquete de Bodas y de Comunión Eucarística, en el que se encuentran “el eros, la philía y el agapé” (éxtasis, amistad y entrega), de los que nos habla el Papa emérito, Benedicto XVI, en su encíclica “Dios es Amor” (*Deus Caritas est*).**

Este Amor sponsal traza, como desarrollo de la vida cristiana, un **itinerario espiritual**, que puede ser leído, legítimamente, bajo el símbolo y la realidad nupcial: **enamoramiento, desposorios, matrimonio espiritual, matrimonio sacramental, fiesta de bodas entre Cristo e Iglesia, Cabeza y Cuerpo, según la imagen paulina (Efesios 5,21-33).**

La diversidad hombre y mujer, el amor recíproco, la alianza sacramental, la unidad y la fecundidad, la familia y la comunidad, la Iglesia y el tejido social de un pueblo, de una nación, de la humanidad que comparte dignidad, fraternidad y casa común, quedan iluminados por el Amor Nupcial y Esponsal.

En este itinerario está la plena ministerialidad de la Iglesia, pregonera del Amor de Dios en Cristo Jesús a la humanidad, servidora y acompañante, como “el **amigo del novio**” (Juan 3,29), como **siervos** que, con lomos ceñidos y lámparas encendidas, “aguardan a que su Señor vuelva de la boda” (Lucas 12,35-36), como **vírgenes prudentes** que, estaban preparadas a la llegada del Novio “y entraron con él al banquete de boda” (Mateo 25, 10).

AMIGOS, SIERVOS, VIRGENES, son como caracterizaciones, desde lo sponsal y nupcial, de los carismas y estados de vida propios de los laicos, los pastores y la vida consagrada. Son las imágenes de esta espiritualidad eclesial, que encuentra su expresión máxima en el misterio de comunión con Dios y entre nosotros, en la Eucaristía, banquete de unión nupcial entre Cristo y el cristiano, entre Cristo y el “cuerpo de los cristianos”, la Iglesia. La Eucaristía, sacrificio y banquete de Amor, es también anticipación del Banquete celestial de Bodas. Ella es, por eso, la fuente, el centro y la cumbre de este misterio del Amor Esponsal, que es la vida de la Iglesia”.

## **LA MISIÓN ES TAREA DE TODOS**

Quisiera comenzar este capítulo invitándolos a leer un numeral de la Evangelii Gaudium que nos servirá para ubicar la misión de la Iglesia en su lugar debido.

“Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación. La reforma de estructuras que exige la conversión pastoral sólo puede entenderse en este sentido: procurar que todas ellas se vuelvan más misioneras, que la pastoral ordinaria en todas sus instancias sea más expansiva y abierta, que coloque a los agentes pastorales en constante actitud de salida y favorezca así la respuesta positiva de todos aquellos a quienes Jesús convoca a su amistad. Como decía Juan Pablo II a los Obispos de Oceanía, «toda renovación en el seno de la Iglesia debe tender a la misión como objetivo para no caer presa de una especie de introversión eclesial» (EG 27).

Cuando comprendemos la profundidad de estas palabras del Papa Francisco reconocemos la necesidad de volver a ubicar la misión como una acción fundamental del proceso evangelizador de la Iglesia. La comunidad parroquial solo se podrá entender y más aún, solo tendrá futuro si hace una profunda conversión hacia una acción misionera en todos sus esfuerzos. No es sencillo hacer de la pastoral toda ella misionera, reconsiderar que la misión ya no la podemos entender como esfuerzos esporádicos de anuncio del evangelio, estamos llamados a constituirnos en una Iglesia en estado permanente de misión. Ahora veamos qué podemos aprender de nuestro maestro Jesús.

Podemos comenzar diciendo que la misión de Jesús tiene **su base en el cumplimiento de las promesas que Dios había hecho a su pueblo**. Los escritos evangélicos nos muestran que, el destinatario principal del anuncio de la buena noticia de la llegada del Reino de Dios es el pueblo de Israel. Para ello desde el inicio de su misión constituyó a un grupo de hombres de su comunidad a los cuales los llamó para dejarlo todo y seguirlo, para estar con Él y enviarlo a llevar a todos los pueblos ese anuncio gozoso de la presencia de Dios en medio del pueblo. Esta predicación debe ir acompañada de dos componentes fundamentales “palabras y obras” (Mc 3,13- 15; Mt 10, 7; Lc 5, 9,1-2).

El desarrollo de la misión de Jesús constituye un equipo misionero novedoso para la época, **envía a sus discípulos y los dirige a todos**, especialmente a los pobres, a los que sufren, a los últimos, a los que llamó los privilegiados del Padre celestial. Van en busca sin discriminación ni estigmatización. Su propuesta misionera es incluyente y urgente, se precisa en los evangelios la necesidad de ir sin perder tiempo a todos anunciado la buena noticia del amor de Dios aconteciendo en la historia.

Seguimos profundizando la misión de Jesús y su grupo de discípulos y podemos comprender que **sin el poder de la oración no es posible la misión**. Jesús es un hombre de oración, pasa largas horas e inclusive leemos (Mc 1,38) toda la noche orando. Su comunicación con su Padre celestial es un espacio de intimidad, de descanso y discernimiento. Las decisiones más importantes de su ministerio se dieron después de un espacio de oración profunda. De igual manera, enseñó a sus

discípulos y ellos mismos pidieron que les enseñara a orar. La comunicación de los discípulos con el Padre celestial se convirtió en una necesidad primaria para seguir adelante en el anuncio de la buena noticia.

Otra característica de la misión de Jesús y de los 12 es **su trabajo en equipo y su corresponsabilidad**. El envío que Jesús les hace a sus discípulos es en grupo. Leemos en el evangelio que los envió de dos en dos (Lc 10,1), y en otros textos notamos como el grupo va completo y entran a diferentes comunidades (Lc 9,2). La prioridad de Jesús no es solo el llevar un comunicado, un mensaje o una advertencia. La relación fraterna, amorosa y cercana de los mismos misioneros será la fortaleza con que se sellará ese mensaje. El trabajo en equipo hará que muchas personas se agreguen al grupo de seguidores que terminará siendo una multitud.

Una acción novedosa para el tiempo de Jesús **es la dinámica itinerante de la misión** de los discípulos. A diferencia de los grupos religiosos de su tiempo, los cuales centrados en un lugar determinado eran receptores de aquellos que buscaban crecer en el conocimiento de fe, Jesús los envía a los lugares más remotos, a todos los pueblos (Mc 16,15). Su acción es provocativa, lleva el mensaje, no hay tiempo que perder, se toma la iniciativa de acercar el tesoro de la buena noticia a todos. Ser itinerantes los hace también cercanos al sufrimiento del pueblo, los motiva a abrir los ojos y comprender las riquezas y sufrimientos de sus hermanos.

Jesús no engaña a sus discípulos, los ha llamado a ser parte de un proyecto, los ha enviado a llevar la buena noticia y les ha dejado claro que esta acción **no será fácil** (Jn 6,8), necesitará sacrificio, entrega, dejar familia, bienes, tierra, dejarlo todo para ganar algo más grande que llenaría de sentido su vida (Mt 19,27). la misión propuesta por Jesús necesitará de la paciencia y la astucia de los misioneros, de su creatividad y capacidad de resiliencia, su resistencia ante las adversidades, todo ello sustentado en la fortaleza de saber que todo Dios iría delante de ellos. Solo con su fe y la compañía del grupo pudieron superar todos los obstáculos que encontraron. Tomaron la cruz como lo hizo su maestro y la llevaron hasta el final.

Partiendo de las enseñanzas misioneras de Jesús debemos recordar que la vocación de la Iglesia es evangelizar y para ser fiel a su servicio, constantemente debe de revisar su acción pastoral para seguir siendo competente en su tarea entregada por Jesús. Eso significa confirmar y revitalizar la novedad del evangelio desde el encuentro personal con Jesucristo, anuncio insistente que suscite discípulos misioneros.

Al ser una Iglesia misionera, el anuncio de la buena noticia necesita servidores que lleven con su testimonio la persona de Jesús a los alejados (2 Cor 10,16), a las periferias, a los últimos. Precisamente a esto es a lo que llamamos conversión pastoral, que no depende de grandes proyectos, o manuales especializados, sino del deseo de recomenzar desde Cristo, sabiendo que no se comienza a ser cristiano por una gran idea, sino por el encuentro amoroso con Jesús (DA 12).

Necesitamos entonces una misión capaz de transformarlo todo en la Iglesia y responder a los angustias y esperanzas de nuestras comunidades. Les propongo que revisemos algunas ideas para preparar y desarrollar nuestra misión territorial permanente.

### **Tomar la iniciativa**

El desafío de la evangelización compromete a salir y llegar a todos. El papa lo llama “primeriar”. Salir de la zona de confort de esperar y cuidar lo que se tiene, y lanzarse sin miedo al anuncio del evangelio. Tomar la iniciativa significa también desplazarse a los diferentes sectores, en palabra de Francisco: La comunidad evangelizadora experimenta que el Señor tomó la iniciativa, la ha “primereado” en el amor (cf. 1 Jn 4,10); y, por eso, ella sabe adelantarse, tomar la iniciativa sin miedo, salir al encuentro, buscar a los lejanos y llegar a los cruces de los caminos para invitar a los excluidos.

### **Involucrarse en la vida de las comunidades**

La conversión pastoral pide salir a llevar el evangelio, mas no puede ser llevar un mensaje, hablar de una doctrina y replegarse nuevamente en la parroquia. La tarea es entrar en contacto con las familias y la vida de las comunidades, fortalecer la cercanía, acogida, fraternidad. Involucrarse significa hacerse hermanos, vecinos, miembros de una misma comunidad a contagiar del amor de Jesucristo. Es importante la sectorización para hacernos más cercanos. Se comparte un mensaje que responde a las necesidades, a las preguntas de la comunidad.

### **Promoviendo procesos**

Un punto álgido en la búsqueda de una Iglesia discípula misionera es su compromiso de construir itinerarios formativos de los laicos, evitando la ansiedad de dar frutos inmediatos. Recordamos que el documento de Aparecido nos describe el camino discipular que debemos implementar en la Arquidiócesis: Encuentro, conversión, discipulado, comunidad y misión. Enfocándonos en la misión territorial, queremos quedarnos para acompañar los procesos formativos de la comunidad. Hemos llamado a este cambio, misión permanente, porque queremos permanecer en los sectores, quedarnos con nuevos grupos de oración, espacios de formación, catequesis, rosarios y muy especialmente concretar en cada sector la casa católica.

### **Generosos en la entrega**

La Iglesia anuncia el evangelio porque el bien siempre se comparte, siempre tiende a comunicarse, porque se da testimonio de ese encuentro maravilloso que ha cambiado la vida. Hacer estos cambios no será fácil, exige grandes sacrificios. Una Iglesia misionera imprime en todos, personas y grupos una espiritualidad de entrega. Exige tiempo, preparación, reuniones, salir de la comodidad e ir hacia las periferias de los barrios, aprender nuevos métodos, pero sobre todo ser perseverantes, no claudicar en el camino y seguir a pesar de cansancio, dudas y fracasos.

## **Generando vida**

Se anuncia el evangelio para enamorar, para atraer, “para dar vida”, (Jn 10,10) despertar ilusiones, compartir alegría, renovar esperanza, recrear utopías. Hay tantos hermanos heridos que necesitan una palabra de misericordia, hay tanta tristeza y dolor, que la comunidad es llamada a ser testimonio del gozo, de la buena noticia de Jesucristo actuando en la vida de los pueblos. Se celebra y se comparte la alegría. No sirve “las caras de vinagre” o la “actitud de funeral”. Se necesita una Iglesia apasionada y llena de gozo, tanto que contagie a todos. Que gran desafío ir con todo el optimismo, siendo instrumentos de esperanza en el dolor de nuestros.

Una Iglesia en conversión pastoral, se goza de ser instrumento para hacer gustar la alegría de la salvación. Siente que su tarea fundamental es ser cauce y no obstáculo para vivir con Jesús (Cf. Jn 1, 35 -42), su tarea fundamental, sin la que todo lo demás sería una especie de postizo o de mascara, es facilitar el encuentro con Jesús. Qué lindo desafío, que gran compromiso. Los invito a responder a este llamado de la misión con un compromiso amoroso a Dios y a las personas que ansían escuchar un mensaje de salvación.

## **Centrados en la palabra**

Desconocer la Escritura es desconocer a Jesucristo y renunciar a anunciarlo. Por esto, hay que educar en la lectura y la meditación de la Palabra: que ella se convierta en su alimento (cf. Jn 6,63). De lo contrario, ¿cómo van a anunciar un mensaje cuyo contenido y espíritu no conocen a fondo? Se hace, pues, necesario proponer a los fieles la Palabra de Dios como don del Padre para el encuentro con Jesucristo vivo, camino de “auténtica conversión y de renovada comunión y solidaridad”.

## **Comprometidos en lo social**

El servicio pastoral a la vida plena exige anunciar a Jesucristo y la Buena Nueva del Reino de Dios, denunciar las situaciones de pecado, las estructuras de muerte, la violencia y las injusticias internas y externas, fomentar el diálogo intercultural, interreligioso y ecuménico. Jesucristo es la plenitud de la revelación para todos los pueblos y el centro fundamental de referencia para discernir los valores y las deficiencias de todas las culturas (DA 95).

La conversión pastoral exige ser una Iglesia Samaritana (cf. Lc 10, 29-37), con los brazos abiertos, con el imperativo de hacernos prójimos, especialmente con el que sufre, y generar una sociedad sin excluidos, siguiendo la práctica de Jesús que come con publicanos y pecadores (cf. Lc 5, 29-32), que acoge a los pequeños y a los niños (cf. Mc 10, 13-16), que sana a los leprosos (cf. Mc 1, 40- 45), que perdona y libera a la mujer pecadora (cf. Lc 7, 36-49; Jn 8, 1-11), que habla con la Samaritana (cf. Jn 4, 1-26). (DA 135).

Vamos concluyendo entonces que la Iglesia que desea evangelizar nuestras comunidades debe ser una iglesia en salida, ni sedentaria, ni autorreferencial, que se arriesgue al encuentro comunicando la misericordia, cercana a los últimos,

paciente compartiendo el ritmo de vida y respondiendo a las necesidades de aquellos que la necesitan, siendo significativa con un mensaje que toque los corazones y haga experimentar toda la acción de Dios aconteciendo en ellos.

### **Decálogo de la misión**

- 1) Entusiasmo interior.
- 2) Confianza plena en el Señor.
- 3) Continuidad en los procesos.
- 4) Firmeza ante la adversidad.
- 5) Constancia para llevar nuestras naves mar adentro.
- 6) Creatividad, para encontrar respuestas adecuadas a los desafíos.
- 7) Disponibilidad a repensar y reformar algunas estructuras pastorales.
- 8) Espiritualidad de la comunión.
- 9) Audacia misionera.
- 10) Apertura a la acción del Espíritu Santo.

### **DEL SEÑOR SOMOS Y DEL DOMINGO VIVIMOS**

¡Este es el día que ha hecho el Señor, exultemos y gocémonos en él! (Sal 118, 24).

El día Domingo es un día especial en todas las culturas, en todos los pueblos porque permite el encuentro y celebración con las personas, encuentros festivos de familia, de trabajos propios del ritmo de la sociedad, de descanso y diversión ... se llenan muchos "templos" consagrados al deporte, a la cultura, al comercio ... etc ...

Para nosotros cristianos católicos el Domingo Día del Señor es el día del ENCUENTRO para celebrar la Pascua semanal y alegrarnos en el Señor: "En efecto, el domingo recuerda, en la sucesión semanal del tiempo, el día de la resurrección de Cristo. Es la Pascua de la semana, en la que se celebra la victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte, la realización en él de la primera creación y el inicio de la «nueva creación» (cf. 2 Co 5,17). Es el día de la evocación adoradora y agradecida del primer día del mundo y a la vez la prefiguración, en la esperanza activa, del «último día», cuando Cristo vendrá en su gloria (cf. Hch 1,11; 1 Ts 4,13-17) y «hará un mundo nuevo» (cf. Ap 21,5)" (San Juan Pablo II en DIES DOMINI No. 1).

Para celebrar la pascua semanal, regresamos llenos de alegría y esperanza a casa ... como los discípulos y discípulas a compartir lo que hemos vivido en el encuentro con el Señor Resucitado durante la semana en medio de la realidad de cada quien, en medio de la gente, de las comunidades, de nuestras familias ... Fuimos de madrugada, seguramente, como las mujeres del evangelio y nos llevamos la sorpresa del sepulcro vacío ... “No ardía nuestro corazón por el camino?” ... como aquellos de Emaús ... como Pedro y Juan para ENTRAR, VER Y CREER ... y al regresar, qué bueno tener la intención de compartir esta experiencia de ENVIADOS que, haciéndole caso a Jesús Resucitado (que conserva las señales de la tortura), nos envía a ser portadores de Paz, Alegría, Gozo, Perdón ... y bueno, eso que cada uno tiene en el corazón para compartir.

Una gran nube de testigos seguramente que nos animaron a continuar este camino de gracia y bendición y les traemos en el corazón, les recordamos, es además el significado de recordar (traer en el corazón) ... así este caminar Pascual nos permite reconocer que la piedra que cubría el sepulcro está corrida, es decir, no hay obstáculo para el ENCUENTRO desde la madrugada con el Señor ... Y ... durante el día podemos compartir, construyendo, que El Resucitado es la razón de ser de nuestro seguimiento y así, nos ponemos en camino, porque no vale solamente la piedad que tengamos, sino que es necesario obedecer al Señor ... en otras palabras es necesario recuperar a Jesús a quien encasillamos en una religión, en una iglesia, en una liturgia, en unos rezos, en unas procesiones, en una moral ... y la primitiva comunidad cristiana que ponía todo en común y nos recuerda la Economía de la salvación (que también es economía solidaria), nos dice por dónde es, para llamarse en verdad hermanos.

Al caer la tarde, sepamos reconocerlo en la Fracción del Pan, que no se da solamente en el Templo durante el acto litúrgico ... “Quédate con nosotros ... Señor mío y Dios mío” ... Porque “A Cristo Jesús ustedes no lo han visto y, sin embargo, lo aman; al creer en Él ahora, sin verlo, se llenan de una alegría radiante e indescriptible, seguros de alcanzar la salvación de sus almas que es la meta de la fe” (San Pedro en su primera carta 1, 8-9).

Hablando del Día del Señor, el Catecismo de la Iglesia Católica en los Números 2174 a 2188 nos recuerda: El día de la Resurrección: la nueva creación (2174 Jesús resucitó de entre los muertos “el primer día de la semana” (Mt 28, 1; Mc 16, 2; Lc 24, 1; Jn 20, 1). Para los cristianos vino a ser el primero de todos los días, la primera de todas las fiestas, el día del Señor...el “domingo”.

El domingo, plenitud del sábado (2175 El domingo se distingue expresamente del sábado... 2176 La celebración del domingo cumple la prescripción moral, inscrita en el corazón del hombre, de “dar a Dios un culto exterior, visible, público y regular bajo el signo de su bondad universal hacia los hombres).

La Eucaristía dominical (2177 - 2179 “La parroquia es una determinada comunidad de fieles constituida de modo estable en la Iglesia particular, cuya cura pastoral,

bajo la autoridad del obispo diocesano, se encomienda a un párroco, como su pastor propio” (CIC can. 515, §1). Es el lugar donde todos los fieles pueden reunirse para la celebración dominical de la Eucaristía. La parroquia inicia al pueblo cristiano en la expresión ordinaria de la vida litúrgica, le congrega en esta celebración; le enseña la doctrina salvífica de Cristo. Practica la caridad del Señor en obras buenas y fraternas).

La obligación del domingo (2180 - 2183 La participación en la celebración común de la Eucaristía dominical es un testimonio de pertenencia y de fidelidad a Cristo y a su Iglesia.

Día de gracia y de descanso (2184 - 2188 En el respeto de la libertad religiosa y del bien común de todos, los cristianos deben esforzarse por obtener el reconocimiento de los domingos y días de fiesta de la Iglesia como días festivos legales. Deben dar a todos, un ejemplo público de oración, de respeto y de alegría, y defender sus tradiciones como una contribución preciosa a la vida espiritual de la sociedad humana. Si la legislación del país u otras razones obligan a trabajar el domingo, este día debe ser al menos vivido como el día de nuestra liberación que nos hace participar en esta “reunión de fiesta”, en esta “asamblea de los primogénitos inscritos en los cielos” (Hb 12, 22-23).

¡VIVAMOS EL DIA DE ENCUENTRO CON EL SEÑOR EN OS HERMANOS... DIA DE PASCUA... DIA PARA VIVIR LA GRATITUD Y LA GRATUIDAD... BIENVENIDOS A LA CELEBRACION DEL DOMINGO...!

Ahora los invite a leer a nuestro pastor, Mons. Darío que nos invita a profundizar sobre el valor del domingo.

“La Iglesia es la Eucaristía. Por la Eucaristía, la Iglesia renueva constantemente su ser de “Iglesia de la Pascua”. Por ella, constituida por muchos pueblos, se transforma en un solo Pueblo, gracias a una sola Mesa que el Señor ha preparado para nosotros.

Las primeras comunidades cristianas eran, por ello, asiduas a la celebración dominical de la Eucaristía; para ellos resultaba algo connatural. Era, como lo entendemos hoy, fuente y cumbre de toda evangelización, pues en ella se sentían comunidad reunida y enviada (misa- misión), a comunicar el gozo de la Pascua, la alegría de la salvación, el anuncio de un futuro posible ya en Jesús y las primeras comunidades, con el poder y la fuerza interior y comunitaria del Amor.

La Eucaristía, nos dijo en tiempos recientes, San Juan Pablo II, “ha de ser principio y proyecto de misión. Entrar en comunión con Cristo en el Memorial de la Pascua significa, al mismo tiempo, experimentar el deber de hacerse misionero del acontecimiento que aquel rito actualiza. La despedida final de cada Misa constituye una consigna que impulsa al cristiano a comprometerse en la propagación del Evangelio y en la animación constante de la sociedad” (Mane Nobiscum Domine: “Quédate con nosotros Señor”, 24).

Como para los primeros cristianos, para nosotros la eucaristía no solamente nos permite el encuentro con Cristo Resucitado en la Comunidad, animada por el Espíritu Santo con la Palabra, con el Sacramento del Sacrificio y el Ministerio sacerdotal y diaconal, sino que, como le gustaba decir a San Juan Crisóstomo, nos permite descubrir, entre tanta tragedia, sufrimiento y exclusión, a Jesucristo “En el altar del pobre”.

La Eucaristía es “la Mesa y Misa del mundo” porque es anticipación de “la Mesa y Misa del Cielo”, de la consumación definitiva del mundo. Por ello, se ha de celebrar también “sobre el altar del mundo”, como esperanza de la humanidad transformada en Cristo e himno del universo.

Desde estas apreciaciones podemos entender que nuestro Plan Quinquenal de Pastoral en la Arquidiócesis de Cali, tenga como fuente, camino, cumbre y pedagogía participativa, la celebración dominical de la Eucaristía, la Pascua que se prolonga en los domingos del Año Litúrgico.

Que la comprensión y vivencia de la Eucaristía dominical, esté iluminada también desde la espiritual Esponsal y Familiar de la Mesa Eucarística, “Banquete de Bodas del Cordero”, Mesa del Hijo y de los “hijos adoptados en Él”, y Pan que el Padre Celestial sirve a los primeros invitados, que no le corresponden, al pueblo de Israel, y a todos los excluidos de la humanidad, para integrarlos a la Mesa Común, a la Familia surgida con Cristo Jesús.

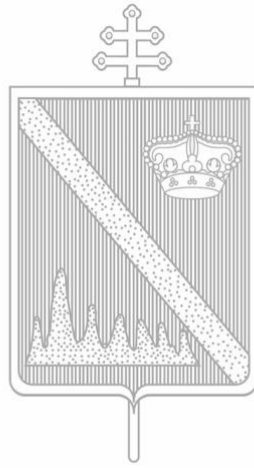
“Del Señor somos”, dice Pablo en Romanos 14, 8. “Y del Domingo vivimos”, añadimos nosotros en este inicio del quinquenio 2019-2023. Nuestro énfasis está entonces en afirmar a Cristo Jesús como Señor de la Nueva Creación, El Kyrios, Señor glorioso, por medio de la resurrección.

Pascua y Pentecostés tuvieron lugar en el mismo día de la Semana, el primero, sellando la Nueva Economía de Cristo y la Iglesia, la Nueva Alianza de la salvación.

El Domingo, Día del Señor, desde los comienzos, era la cena que recordaba el misterio pascual de Cristo y, al mismo tiempo, la espera de su segunda venida. Ya San Justino daba como razón para el nombre de Dominicum, Domingo, el Señorío de Jesús “por ser el primer día en que Dios creó el mundo, y el día en que Cristo Resucitó de entre los muertos”.

Y la fe de las primeras generaciones, como la de los mártires de Abitene, en el siglo IV, proclamaba esta consigna: “Sine Dominico non possumus”: “No podemos vivir sin celebrar el Día del Señor” (Didascalia de los apóstoles). Y en el mismo siglo IV, después de Constantino, el Domingo se convertiría ya en “el día del descanso”, para darle espacio al encuentro con el Resucitado, a la Eucaristía y a la Asamblea, al “Altar del pobre”, al descanso y a la vida en común, en la comunidad de esposos y de la familia, a la fiesta y la esperanza, cifradas en la victoria de Cristo.

Que este año sea nuestro inicio de la recuperación del domingo como tiempo y espacio de la espiritualidad cristiana, eucarística, eclesial, social y familiar.



**ARQUIDIÓCESIS  
DE CALI**



**ARQUIDIÓCESIS  
DE CALI**

**SIEMPRE  
CONTIGO**

---

[www.arquicali.org](http://www.arquicali.org)